

**TEXTO
TEATRAL**

“DEDOS”

(VODEVIL NEGRO)

.....

(Premio Marqués de Bradomín 1995)

DE

BORJA ORTIZ DE GONDRA

BORJA ORTIZ DE GONDRA: Un escritor de buena añada

UNA ENTREVISTA DE JOSÉ RAMÓN FERNÁNDEZ

Se ha hablado —creo que fue Sanchis— de una «generación Bradomín». Es lógico pensar que el hecho de que este premio haya cumplido su décima edición puede llevarnos a esperar incluso varias promociones. Hay que decir que la simple coincidencia en los años de nacimiento —1964, 1965— de varios de sus ganadores y finalistas nos ofrece un marco cronológico que supone un buen puñado de circunstancias comunes para estos escritores, y que muchas de esas características se ven perfectamente reflejadas en Borja Ortiz de Gondra, Premio Marqués de Bradomín 1995, un joven de treinta años, un escritor con un amplio acervo y cosas que decir. Nacido en Bilbao, estudia Derecho en la Universidad de Deusto y compagina esa noble enseñanza con la perversa intención de dedicarse al teatro, por la vía del Conservatorio de Bilbao.

— Como actor, no había otra cosa. Yo lo que quería era contar historias y como actor veía la limitación de que no cuentas historias tuyas, es decir, eres un medium para contar cosas de otros. Me decanté hacia la dirección. Cuando terminé la carrera de Derecho agarré los trastos y me planté en Madrid. Aquí estuve viviendo cuatro años. Hice los tres años de Conservatorio y el curso de Dirección de Escena, cuando era un curso experimental de un solo año, con Hormigón; a la vez iba al laboratorio de Layton, cuando Layton hacía los cursos de análisis de texto. Trabajé con Plaza, en el María Guerrero, en las *Comedias Bárbaras*, y en el Teatro de la Zarzuela con Sagi. En 1992 agarré la maleta un día y me marché a París. Necesitaba un cambio de aires. No iba de nuevas. Hablaba muy bien francés, conocía muy bien París... veía que personalmente no evolucionaba, quería ver lo que pasaba fuera... y sobre todo tenía personalmente una necesidad de cambiar algo en mi vida, me estaba estancando. Tuve mucha suerte. El 2 de enero del 92 llegué a París y Pasqual empezaba los ensayos de *Tirano Banderas*; como se ensayaba en París pero con actores españoles e hispanoamericanos, quería alguien que hablase bien español y francés, y estuve como *estageur*, asistente de dirección. Eso me permitió entrar en el Teatro. Al año siguiente me dio una beca el Ministerio de Cultura y me quedé un año en la Comédie Française, allí trabajé con diferentes directores y al año siguiente pasé a la Coline, con Lavelli...

— Yo había escrito siempre, pero no teatro, sino narrativa. En el año 91, poco antes de marcharme a París, Fermín Cabal hizo un taller de Literatura Dramática en el Conservatorio, al cual yo me apunté. Empezó en octubre y terminaba en Navidades. Nos mandó presentarle algo. Yo, que no había escrito teatro en mi vida hice una cosa de unas cuantas páginas y me admitieron. Fermín, el primer día de clase, se dedicó a comentar los textos que le habían entregado, y me dijo que escribía muy bien pero me faltaba encontrar una voz más propia, porque aquello estaba demasiado influido por la nueva dramaturgia...

— Yo creo que uno tiene que empaparse tanto de lecturas como de vivencias, pero después a la hora de escribir, yo por lo menos, hago como Lope de Vega, dejo los preceptos a un lado, ¿no? es decir, que cuando me pongo a escribir no pienso “bueno, voy a escribir a la manera de o voy a hacer...” luego, claro, una vez que el producto está hecho te das cuenta de que esto viene de aquí o de allá o aquí, estoy influido por éste o el otro, pero sí, sí, claro, yo había leído muchísimo y además digamos que en aquella época, como director, tenía, bueno, y sigo teniendo, una auténtica bulimia de la lectura, leía textos, todo lo que podía, además como podía leer en cuatro idiomas, porque buscaba textos para montar... Aunque no tenía una experiencia de escritura teatral sí tenía de leerlas y sobre todo como director de analizarlas, de trabajar las escenas, de todo lo que había aprendido con Layton, ahí sí que estaba muy influido. A partir de esas cinco escenas, Fermín me dijo que ahí había una obra. Empecé a escribirla, sin darle mayor importancia y en diciembre decidí marcharme a París. Entonces —es algo que siempre he agradecido mucho— Fermín me escribió una carta a París, diciendo “vale, de acuerdo que dejes el taller, pero no puedes dejar de escribir, primero porque escribes muy bien y segundo porque esta obra está muy bien y tienes que acabarla”. Terminé esa obra y empecé otra cosa que fue el accésit del Bradomín del 92, que también tiene muchas influencias literarias, el lenguaje está muy, muy trabajado, quizás ahora diría demasiado, pero yo quería contar una cosa... yo estaba viviendo una situación muy dura en París, llegué con muy poco dinero... París es una ciudad muy fría, muy dura, realmente una gran ciudad en relación a Madrid, y a mí me chocaban mucho las cosas que veía en la calle, eran cosas que no había visto en Madrid, aunque ahora Madrid está mucho más degradado que cuando yo lo dejé, pero... un señor



Borja Ortiz de Gondra. (Foto: Carlos Cid).

tirado en el metro, que no sé si está muerto o está borracho y que la gente, todo el mundo, salta por encima de él, no lo había visto en mi vida. De aquellos primeros meses en París salió *Metropolitano*, que eran escenas muy cortas, y para mí el metro de París simbolizaba un poco esa especie de deshumanización que vivía en esa ciudad. Creo que tengo una conciencia social muy fuerte, de modo que me quedaba con el señor que había visto tirado en el metro cuando llego al teatro Odeón, que es el más bonito de París, y no con el terciopelo.

.....

— *Metropolitano* nació realmente de una pulsión que tenía que sacar, había algo que me estaba comiendo las entrañas y lo quería contar, y entonces me puse en mi casa a escribir, pero escribía una obra que tiene treinta y cinco personajes de los cuales hay un adolescente árabe, dos mujeres negras... no lo puede montar nadie salvo un Centro Dramático Nacional... en esa época yo no sé si es que no creía demasiado en mí como autor teatral o porque tampoco tenía ninguna posibilidad de llegar a montarlo inmediatamente, entonces era realmente el autor que está en su casa escribiendo, lo que le apetece escribir en ese momento, y evidentemente por mucho que ganara un premio nunca se pudo montar porque en la producción, intentando lo mínimo, me salían nueve actores. Es una obra muy personal, muy rara, muy difícil, en aquella época yo estaba mucho porque el público se molestó en entender lo que estás contando, era bastante oscura, el lenguaje era muy trabajado, muy... hay una expresión francesa, retorcer el cuello al lenguaje... escribía de una manera muy rebuscada, porque a mí me interesa hablar de problemas sociales pero lo que no me interesa es hacer realismo social, ni hacer crónicas, para eso creo que salgo a la calle y lo veo.... Para mí lo interesante es coger la realidad social y pasarla por un filtro estético. En *Metropolitano* el filtro venía por el lenguaje, la gente hablaba de una manera que nadie habla en la calle. Como espectador, y por tanto como autor, no me interesan las reproducciones fotográficas, puesto que para eso ya está el cine, o la realidad. Ahí tengo una discusión con Fermín en la que nunca nos ponemos de acuerdo: él reprocha al teatro francés, sobre todo a partir de Koltés, el hecho de que hay demasiada literatura y le falta vida. El por ejemplo dice que en *Dedos* hay muchas veces que los personajes cuentan lo que les pasa, o explican. Es cierto que es lo que hace Koltés, el personaje deja de ser personaje para ser un narrador, y yo creo que es perfectamente válido. A mí me interesa mucho como procedimiento, porque eso permite romper el naturalismo y decir a la gente que es teatro.

.....

— Me cuelgan la etiqueta de cosmopolita. Cuando se dice en el sentido de que estoy abierto a lo que pasa fuera, que he vivido mucho fuera, que sigo las corrientes y que digamos... que mi teatro no huele a garbanzos, pues vale, estoy de acuerdo. Hay gente que usa la palabra como arma arrojadiza para decir “es que no escribe teatro español, es que no está anclado en la realidad española, es que es un teatro francés o extranjero, pero escrito

en español. Quizás también ocurre más en el terreno de la narrativa que en el teatro, la polémica entre los “angloaburridos” y los que huelen a garbanzos y a moscas. Para mí la literatura española, o el teatro español, no solamente es el realismo de Cella, es decir, no sé, me impresiona pensar que los primeros chinos fueron los jesuitas vascos que fueron a China en el siglo XVI, y los primeros tratados sobre cultura china se escribieron en español. No puedo negar que de hecho soy bilingüe, he escrito una obra en francés para una compañía, vivo en París, paso temporadas en Suiza, viajo a Nueva York, leo en cuatro lenguas, que sí, de acuerdo, me interesa muchísimo lo que pasa fuera, pero es porque me parece una obviedad decir que ahora mismo vivimos en un mundo en el que ya no hay fronteras, que cogemos el avión como quien coge el autobús y que yo quisiera ser mestizo, como todo el mundo, abierto a todas las influencias, y además porque como vasco me parece que el nacionalismo es una reducción y un atraso histórico. Yo soy vasco y me siento muy vasco en el sentido de que he nacido allí, de que aprendí el euskera al mismo tiempo que el castellano, pero el nacionalismo vasco es algo que viene de finales del siglo XIX, pero ya he hablado antes de los jesuitas que viajaron por primera vez a la China, San Ignacio es un señor que es vasco y es universal, San Francisco Javier lo mismo, hay una tendencia universal de lo vasco que ha quedado muy oculta por lo de los cien últimos años. Lo mismo me lanzan armas arrojadizas diciendo que por qué no escribo en euskera. No escribo en euskera porque escribo en castellano, pero... Cioran decía que la patria de un escritor es su lengua. Yo escribo en francés y en español, pues ya no sé de donde vengo, y tal como están las cosas... Bueno, volvamos a lo que estaba diciendo: sí es cierto que tengo muchas influencias extranjeras, porque leo todo y veo todo lo que puedo en los idiomas a los que llego, pero no se puede olvidar que tengo una formación muy española, que leo muchísimo a los clásicos españoles, conozco muy bien el teatro español y de alguna manera intento entroncarme en esta tradición, española, lo que sí intento es romperla.

.....

— El mejor escritor, el que más me interesa de toda la literatura española es San Juan de la Cruz. Soy muy español, eso sí me lo dicen fuera, en los temas. Yo hablo de dos cosas, del amor y de la muerte, aparte, claro, de cuestiones sociales, pero esos dos temas, más españoles no pueden ser. Y no hay nadie que haya escrito en la literatura española mejor sobre el amor que San Juan de la Cruz. Y de hecho si lees *Dedos*, está construida sobre las experiencias místicas de San Juan, del amor del alma por Dios, pero cada uno puede tener su interpretación propia, para mí es un amor de lo más humano y de lo más erótico; además está clarísimo que la mayoría de las imágenes de San Juan están cogidas de las imágenes eróticas de la mística sufí, y a mí me parece que eso es muy muy aplicable tanto al mundo de hoy como a otro tipo de experiencia amorosa que te lleva más allá de la muerte, que es un poco lo que yo he querido contar con esta historia, que es lo que ocurre con los muertos en *Dedos*, que mueren y resucitan una y otra vez. Eso es muy español; yo no puedo imaginar a un autor francés que escriba ese tipo de cosas... en

ese sentido me revelo cuando me dicen cosmopolita, en el sentido de alguien que no se entronca en una tradición. Yo me siento muy entroncado en el teatro español, adoro la poesía española... Ahora, lo que no me interesa es contar las historias de chelis de Lavapiés. Está bien que haya gente que lo haga...

— Desde *Metropolitano* que también es muy burra, la gente me dice “pero porqué escribes esas cosas tan bestias”, y pues es triste, pero la verdad es que yo no me invento las cosas: en *Metropolitano*, que no tiene esta parte digamos fantástica de *Dedos*, todas las escenas están sacadas de cosas que he visto en la realidad, que me han contado o que me han pasado; y en *Dedos*, una cosa que a la gente le parece muy bestial, la historia de la carta-bomba, eso, yo no puedo olvidar que soy vasco, y yo he conocido a un señor que sale por la mañana a pasear por el monte, que recoge, un papel y se queda sin manos, porque hay un paquete bomba que está... Es decir, creo que en ese sentido sí soy muy vasco, en el sentido de que miro lo que pasa a mi alrededor y no veo más que violencia por todas partes, entonces de alguna manera la integro, y la manera para mí de desactivar la violencia es reírse con ella. Pretendo ser políticamente incorrecto. La corrección no me interesa. ¿Qué significa la corrección?

— Yo trabajé con Fermín y también me influyó muchísimo *Deseo*, como creo que a todo el mundo, para mí fue un descubrimiento y fue un deslumbramiento. Quizá sea culpa mía que no había leído antes a Benet, pero también es verdad que en España no es fácil leer a la gente... También me gustaba mucho mucho mucho el primer Belbel, *Caleidoscopios*... me pareció muy interesante, y leí precisamente a la vez, *Caricias* y *Deseo* y creo que como a todo el mundo me influyeron en el sentido de que abrían algo que yo no veía en ese momento en el teatro madrileño, yo creo que en ese momento el teatro madrileño estaba más anclado en una cierta tradición realista... al menos el teatro madrileño que yo conocía; en cambio estos... la gente les acusaba de que escribían como Botho Strauss o como los alemanes, es una acusación como otra cualquiera, a mí lo que sí me parecía es que abrían unas puertas a códigos, a lenguajes, y a situaciones que no se practicaban en Madrid. De hecho Benet me parece un escritor fantástico, me gusta mucho lo que hace, y *Testamento* me parece una obra extraordinaria. Y después, de la gente de Madrid, Alvaro del Amo, me gusta mucho como escribe, tiene una escritura muy personal, a Fermín también lo sigo, y de los jóvenes el problema es que salvo los cuatro nombres de referencia, Ernesto, etc., yo como he vivido fuera no he podido ver los espectáculos que se están haciendo en salas alternativas, pero es que eso no se publica apenas... el que ha ganado un premio, lo publican... a mí me interesa mucho conectarme con lo que hacemos toda la gente que tenemos alrededor de treinta años, y a los que conozco los llamo y me mandan alguna fotocopia, Yolanda Pallín, Itziar Pascual... en lo demás no hay manera.

— Yo no sé hasta qué punto se puede hablar de una generación en el sentido de que todos tengamos concomitancias, sí se puede hablar de un aire de época, eso está claro, y luego, en la temática, de una manera o de otra todos hablamos de cuestiones parecidas. Si ves de lo que habla Yolanda Pallín en *La mirada*, que es lo último que he leído, habla de cosas que de alguna manera hablo yo también en *Dedos*... digamos que hay un aire parecido de los tiempos... también es cierto que lo que me parece bastante esperanzador es que aun en condiciones muy difíciles, la inmensa mayoría de la gente que está escribiendo alrededor de los treinta años está montándolo, que son en pequeñas compañías, en pequeños teatros, durante una semana o quince días, pero al menos llegan al escenario, y eso es lo que yo creo que nos diferencia de gentes que son un poco mayores que nosotros y que no se han confrontado tanto en el escenario... Si ves la inmensa mayoría de gente que está escribiendo ahora alrededor de treinta años todos están conectados directamente con el teatro de alguna manera, todos tenemos un acercamiento al teatro desde dentro y yo creo que eso se ve mucho en la manera de escribir, en el hecho de que no te planteas, o yo por lo menos no me planteo teóricamente si aquí necesito una escena fuerte o una bajada de tensión, pero cuando lo leo sé si eso funciona o no funciona, y sobre todo, los diálogos, yo los oigo, yo sé si se dice o no se dice, si eso suena o no, si se puede poner en boca de un actor... o te planteas cosas que pueden parecer banales al profano como si ahora puede haber un cambio de vestuario o si esta escena puede salir seguida de otra cosa, y eso yo creo que es una característica muy importante, y que no sé si se ha valorado lo suficiente, porque eso da una manera de escribir muy enraizada en el teatro que los que nos acusan de ser literarios no se dan cuenta de que somos literarios, porque buscamos una forma diferente de hablar en el teatro, no porque vengamos de la narrativa. De alguna manera, los que seguimos escribiendo —yo conozco un montón de gente que estaba conmigo en el taller y que lo dejó— todos queremos estrenar y yo creo que todos hemos pasado por el mismo proceso, de unas obras en las que escribías un poco para ti, como en mi caso *Metropolitano*, a obras que están planteadas pensando en unas condiciones concretas para la escena. *Dedos* estaba pensada para una amiga mía que quería que le escribiera una obra para cuatro actores... yo creo que todos hemos pasado por ese proceso, que sabemos cuáles son las dificultades de la producción, y cuáles son los textos que pueden llegar a un escenario, y como todos queremos llegar a eso, quizás nos autolimitamos, no lo sé. Yo escribo historias de dos o tres personajes porque me interesa concentrarme en ellos...

Un joven escritor, formado y equipado con ideas sólidas. Treinta años dan para mucha escritura, de modo que nadie se asombre de ver nuestro siglo en los ojos de un muchacho. Pero lo mejor será pasar la página y leer con la cabeza bien abierta.

“DEDOS”

(Vodevil negro)

(Premio Marqués de Bradomín 1995)

BORJA ORTIZ DE GONDRA

*Gracias a Juan, Santo.
Heterodoxo.*

*Para Silvia, que lo pidió.
Y para Daniel, que no lo pidió.*

PERSONAJES

EL CHICO
LA MUJER
EL HOMBRE
LA CHICA

I

EL PARQUE

LA MUJER.- Oiga.

(No hay respuesta).

LA MUJER.- Oiga. Usted. ¡Eh!

(Idem).

LA MUJER.- Por favor.

EL CHICO.- ¿Yo?

LA MUJER.- Sí.

(El chico no reacciona).

LA MUJER.- Fólleme.

EL CHICO.- No quiero.

LA MUJER.- Mire.

EL CHICO.- Déjeme en paz.

LA MUJER.- *(Se desabrocha el abrigo. Se saca un pecho).* ¿Le gusta éste?

EL CHICO.- ¡Oiga, ya basta!

LA MUJER.- *(Muestra el otro).* Tal vez prefiera el izquierdo. Más redondo, aunque ligeramente más pequeño.

EL CHICO.- ¿Por qué?

LA MUJER.- Porque sí. Un regalo de Navidad. Mire qué turrónes de primera. Y un mazapán que ni le cuento.

EL CHICO.- Yo no le he hecho nada.

LA MUJER.- ¿Maricón, acaso?

EL CHICO.- ¡De pelo en pecho!

LA MUJER.- Demuéstralo.

EL CHICO.- No.

LA MUJER.- ¿Te gusta?

EL CHICO.- Como a todos.

LA MUJER.- ¿Entonces?

EL CHICO.- Entonces, ¿qué?

LA MUJER.- ¿Qué te lo impide?

EL CHICO.- No me tutee.

LA MUJER.- ¿Qué se lo impide?

EL CHICO.- ¿Verdaderamente quiere saberlo?

LA MUJER.- Sí.

EL CHICO.- La necesidad.

LA MUJER.- Dignidad, quiere decir.

EL CHICO.- Mi hablar español. Necesidad, he dicho.

LA MUJER.- ¿Cuál?

EL CHICO.- La suya. Mendigante. Suplicatoria. Tendría la sensación de estar haciendo caridad. No apetece Usted: está de saldo. Hasta las putas cobran.

LA MUJER.- No soy una churriana.

EL CHICO.- Se nota: ningunas dotes para colocar su mercancía. Que además está ajada. ¡Caducó en los ochenta, por lo menos!

LA MUJER.- ¡Mentira!

EL CHICO.- Dígame que me equivoco: las chaquetas de Sybilla, el mobiliario Starck, los fines de semana “evasión” en charter, todo se esfumó.

LA MUJER.- No te hagas ilusiones: aún somos quienes somos. Lo que pasa es ...

EL CHICO.- *(Interrumpiéndola)* ¿Mazapán, ha dicho? ¡Ya será una pasa de Corinto revenida! Y los turrónes, flan Dhul.

LA MUJER.- ¡Qué sabrás tú!

EL CHICO.- Puro olfato.

LA MUJER.- Claro, con esa nariz.

EL CHICO.- ¿Judía, le parece? No se equivoque. Español por los cuatro costados. La que apesta es Usted.

LA MUJER.- ¿Racista?

EL CHICO.- No se haga ilusiones. A rancio, es a lo que huele. Resulta igual para todas. Al llegar a su edad.

LA MUJER.- Tengo treinta y nueve.

EL CHICO.- ¡En el DNI! Mírese bien. Siglos, es lo que lleva encima. Vieja como galeón hundido. A causa de su deseo.

LA MUJER.- ¿Por qué esa crueldad?

EL CHICO.- Hazte una paja.

LA MUJER.- No está la Magdalena para tafetanes.

EL CHICO.- Es fácil. Gratis. No necesita de nadie. ¿Quién mejor que Usted misma para saber lo que quiere?

LA MUJER.- Ensañarse, es eso, ¿verdad?

EL CHICO.- O también puede meterse algo, si la urgencia es imperiosa. Cualquier botella, una zanahoria, incluso el mango de la ducha. Basta la forma. Aunque no sea de diseño.

LA MUJER.- Hijo de puta.

EL CHICO.- Pobre ingenua. Pobre imbécil. Mujer, al fin y al cabo.

LA MUJER.- ¡Niñato!

EL CHICO.- Mujer.

LA MUJER.- ¡Robaperas!

EL CHICO.- Mujer.
LA MUJER.- ¡Gandul, rascatripas!
EL CHICO.- Mujer.
LA MUJER.- Te daba una hostia ...
EL CHICO.- ¿Le pegaría a un pobre parado?
LA MUJER.- Hasta desollarte.
EL CHICO.- ¿Dónde se le quedaron la solidaridad, los cien años de honradez?
LA MUJER.- Deja de cachondearte de mí o te mato vivo. Aquí mismo.
EL CHICO.- No se haga ilusiones. El titular que espera el público es el contrario: "JOVEN MARGINADO DESGRACIA A SEÑORA BIEN".
LA MUJER.- Te abro la cabeza. Te juro que te parto la crisma.
EL CHICO.- ¿Con qué mano?
LA MUJER.- Con ésta.
EL CHICO.- A ver.
LA MUJER.- ¡Toma!
(Le golpea).
EL CHICO.- ¡Ay, joder!
LA MUJER.- *(Mientras va golpeando cada vez con más furia).* Técnica, profesional, eficiente. La respuesta condicionada a un impulso atávico. Darte, darte, darte. *(El chico intenta defenderse, pero la mujer está desatada; él termina por abandonarse).* Rechazada. Humillada. Rebajada. Esta es la única manera de redimirme. ¡Toma! De recuperar la dignidad. De santificarme, readquiriendo mi autoestima. Nunca más una propuesta semejante. La lección, bien aprendida. *(Interrumpe la tunda de palos. Se miran en silencio durante un largo rato).*
EL CHICO.- *(Completamente doblado, por los suelos).* Sigue.
LA MUJER.- No.
EL CHICO.- Por favor.
LA MUJER.- No quiero.
EL CHICO.- Un poquito, sólo.
LA MUJER.- Déjame en paz.
EL CHICO.- Ven aquí. *(La agarra violentamente).*
LA MUJER.- *(Tratando de desasirse, pero él la tiene con fuerza).* ¡No me toques!
EL CHICO.- ¡Zorra!
LA MUJER.- Suéltame.
EL CHICO.- *(Le manosea los pechos, mientras ella intenta patearlo, ahora sin éxito).* Ahora ya no.
LA MUJER.- *(Histérica).* ¡Asqueroso, no me toques, no me toques! ¡Socorro! ¡Que me violan!
EL CHICO.- *(Le desgarrar el vestido de un tirón, al tiempo que la tumba por el suelo y se abalanza sobre ella).* - Así. Así, sí.
LA MUJER.- ¡Que no, hombre, que no! ¡Que es de Armani, joder! ¡Déjame! ¡No! ¡Que no quiero! ¡Suéltame! ¡Cabrón! ¡No, no, no!
EL CHICO.- *(Empieza a violarla. Se interrumpe de golpe).* ¡Mierda!
LA MUJER.- ¿Qué?
EL CHICO.- A ver si me vas a pegar algo.
LA MUJER.- ¡¿Qué dices?!
EL CHICO.- ¿Tienes un preservativo?

LA MUJER.- ¡Encima!
EL CHICO.- ¿Encima de dónde?
LA MUJER.- Encima de nada.
EL CHICO.- Pues yo sin condón no te lo hago.
LA MUJER.- Eso, no me lo hagas. Se acabó. Déjame.
EL CHICO.- El caso es que ahora ...
LA MUJER.- ¿Ahora qué?
EL CHICO.- Ahora se me han puesto las ganas. Y no me quedo así. Yo te tengo que hacer algo.
LA MUJER.- Róbame.
EL CHICO.- No.
LA MUJER.- Tengo tarjetas.
EL CHICO.- Que no, he dicho.
LA MUJER.- Un montón. Hasta la Oro. Róbame, por favor. Róbame. *(Comienza a llorar).* Róbame, pero deja que me vaya.
EL CHICO.- Parado seré, pero no un muerto de hambre, ¿te enteras?
LA MUJER.- Róbame. Róbame. Róbame.
EL CHICO.- Ya está: te hago un "fist-fucking".
LA MUJER.- ¿Un qué?
EL CHICO.- ¡Cateta! Tanto viajecito a Nueva York y tanto "software", para no aprender lo único importante. *(Mostrando el puño:)* "Fist", efe, i, ese, te.
LA MUJER.- ¿Y dónde aprendiste tú tanto?
EL CHICO.- En un Master que hice.
LA MUJER.- Estás de broma. No eres capaz.
EL CHICO.- Ahora verás.
LA MUJER.- ¡Pero eso es de maricones!
EL CHICO.- ¿No querías que te metiera mano?
LA MUJER.- Hombre, ...
EL CHICO.- ¡Pues verás si te la meto! *(Lo hace de un golpe).*
LA MUJER.- *(Un grito desgarrador)* - ¡Ahhh!
(El continúa impassible, sin percibir que ella no reacciona. Cuando ha terminado, sin salir, la contempla).
EL CHICO.- Te quiero.
(La besa).
EL CHICO.- ¿Me querrás siempre?
(Silencio).
EL CHICO.- Contéstame.
(Silencio).
EL CHICO.- Oye.
(Silencio).
EL CHICO.- Venga.
(La observa fijamente).
EL CHICO.- Estás muerta, ¿verdad? ¿A que es eso?
(No hay respuesta).
EL CHICO.- ¡Qué pena! Ahora que por fin había encontrado a alguien.
LA MUJER.- *(Absolutamente inmóvil).* Sí.
EL CHICO.- ¿Estás muerta, entonces?
LA MUJER.- Sí.
EL CHICO.- ¿Del todo?
LA MUJER.- Sí.
EL CHICO.- ¿Pero muerta, muerta?
LA MUJER.- Sí.
EL CHICO.- ¿Es que no sabéis decir otra cosa, los muertos?
LA MUJER.- Sí.
EL CHICO.- ¿El qué?

LA MUJER.- Seguirás solo. Estéril. Como negra oveja. Sin meta, norte ni horizonte. Si no me resucitas.

EL CHICO.- Sí, quiero.

LA MUJER.- ¿Me darás tu carne y tu sangre?

EL CHICO.- Sí.

LA MUJER.- ¡Ahora sal, venga!

(El lo intenta).

EL CHICO.- ¡No puedo!

LA MUJER.- ¿Qué?

EL CHICO.- Que no puedo. Me he atrancado.

LA MUJER.- ¡Vaya, hombre!

EL CHICO.- Empuja.

LA MUJER.- Sí.

EL CHICO.- Más fuerte.

LA MUJER.- ¡Sí!

EL CHICO.- ¿Que no!

LA MUJER.- ¡Tira tú también!

(Enorme esfuerzo; termina por sacar el brazo de un tirón).

EL CHICO.- ¡Por fin!

LA MUJER.- ¡Uf!

EL CHICO.- ¡Mierda!

LA MUJER.- ¿Qué?

EL CHICO.- El dedo de plástico. El falso.

LA MUJER.- ¿Qué?

EL CHICO.- Se ha quedado dentro.

LA MUJER.- No. Mírate bien la mano.

EL CHICO.- ¿Qué pasa?

LA MUJER.- ¿Qué dedo te falta?

EL CHICO.- El anular.

LA MUJER.- ¿Cuál es tu dedo falso?

EL CHICO.- El meñique. ¡Joder, me has arrancado el que no era!

LA MUJER.- Es el precio. Ahora estamos unidos. Como el légamo al lecho del río.

EL CHICO.- Como la ceniza al fuego.

LA MUJER.- Te quiero.

EL CHICO.- Te quiero.

LA MUJER.- Perro de mi desventura.

EL CHICO.- Matrona nutricia.

LA MUJER.- Ardor de mi laurel.

EL CHICO.- Escudo protector.

LA MUJER.- LLama de oscuro fuego.

EL CHICO.- Muro reconfortante.

LA MUJER.- Cirio amoratado.

(Se besan con arrebatado).

LA MUJER.- Tu dedo crecerá en mí. Cartílagos, queratina, articulaciones, hasta llenarme, hasta reventarme desde dentro, para que a través de ti, por ti, me dé al mundo. Yo, aventándome en una miriada de migajas, esparcida a los cuatro vientos, fundiéndome con los acantilados, el cierzo, los rascacielos y las olas, haciéndome materia mineral para que nuestro amor dure toda la eternidad, mientras un soplo aliente en esta tierra. Ya no moriré mecanizada y entubada en un hospital. Moriré de ti.

EL CHICO.- Pero, ¿es que tu te pasas el día muriéndote, o qué?

LA MUJER.- No. Sólo cuando me matan. O cuando desarrolle el SIDA. Y de eso no se resucita.

EL CHICO.- ¿Tienes el SIDA?

LA MUJER.- Por ahora lo que tengo son todas las papeletas.

EL CHICO.- ¿Eres seropositiva?

LA MUJER.- Sí.

EL CHICO.- ¿Por qué no me lo dijiste desde el principio?

LA MUJER.- Se me había olvidado.

EL CHICO.- Ah, bueno.

LA MUJER.- ¿Te molesta?

EL CHICO.- No, es que prefiero saber si la gente con quien me acuesto se va a quedar calva.

LA MUJER.- Pues por ahora, no.

EL CHICO.- Vale.

LA MUJER.- ¿Me quieres aún?

EL CHICO.- Sangre de mi sangre y carne de mi carne

II

LA BARRA DEL BAR

EL HOMBRE.- *(Con un vaso en la mano, del que no deja de beber. Parece hablar con un camarero, al que no vemos)* No pegué ojo en toda la noche, ¿sabe Usted? En cuanto colgué el teléfono, me dije: "No puede ser. A mí no me puede pasar. Se ha confundido, o quiere joderme más la vida". No dormí un segundo. Ni ovejitas ni leches. Nada de nada. Cuando me levanté, ¡ZAS!, cubierto de granos estaba. No se lo hubiera creído Usted. De los pies a la cabeza, como un campo de minas. "Ya está", —me dije— "empieza por los granos". Así que me planté donde mi médico. "Es la varicela", me salta el tío. ¿Se imagina? ¡La varicela! "¿Se ríe Usted de mí, o qué? La varicela la pasé con cuatro años". Entonces le explico lo de mi mujer, bueno, mi ex—mujer quiero decir; no me acostumbro, ¿sabe?, no me acostumbro. *(Bebe)*. Desde que se fue, no me he acostado con ella más que una vez. Cosa de sacarle un arreglo amistoso. Es que esto del divorcio cuesta mucho, y me quiere sacar una pasta. Una sola vez, palabrita del Niño Jesús. No ha podido pegármelo, ¿a que no? ¿A que Usted tampoco lo cree? ¿A mí, padre de familia? Yo pago los impuestos. Saco al perro con correa. Cruzo siempre por los pasos de cebra. A mí no me puede pasar, ¿verdad? No soy drogadicto. Maricón tampoco. Vamos, que no. ¡Que soy Asesor Jurídico, Consultor en Inversiones, Consejero Delegado y Director de Bufete! "Una vez nada más. Se lo aseguro, doctor". No dormí en toda la noche. No, no aquella, que ya sé lo que está Usted pensando. Aquella fue regularcilla. En fin, como de costumbre. Yo cumplo, como todo el mundo. La noche de la llamada, quiero decir. O sea, que le pido al médico: "Venga, doctor, dígame que no lo he cogido". ¿Sabe lo que me contestó? "Una sola vez es suficiente". *(Bebe)*. ¡Toma castaña! ¡Págale un pastón para que no sea capaz de decirte una mentirita de nada! ¡Y eso que no era de la Seguridad Social! *(Bebe)*. Tres días más tarde, me fui a hacer los análisis. Me parecía que no tenía

manos, sino flanes, cuando rellenaba la ficha. Así me temblaban. *(Temblequea las manos, y se echa la mitad del vaso en la chaqueta)*. ¡Joder! Oiga: ¿las manchas de ginebra se van? Bueno, ya da igual. Póngame otro. ¿Y qué me dice de las enfermeras, que parecen sacadas de la casa Monster? Un asco. Un asco. Una me suelta: “no se preocupe, ya vemos que está Usted un poco nervioso”. ¡Y la otra entra a buscarme a grito pelado: “¿Quién es el que está acojonadito?”! *(Bebe)*. Ni le cuento qué días he pasado esperando. Hasta que por fin voy a recogerlo. Recogerlos, más bien, que me habían hecho un montón de análisis. Los médicos, siempre igual: “ya que estamos ...”. Pues justo falta uno. Un resultado, quiero decir. El único importante. La hojita llena de numeritos, que parecía el balance del Banco de España, pero ni una palabra de la asquerosidad esa. “Ah, sí, voy a llamar al doctor”, me dice la Monster. “La cagaste, chato. Cuando llaman al médico, es porque la has cagado”, pienso. Llega el tío: “¡es negativo!”. “¡COJONUDO, DOCTOR!”. *(Brinda y se lo bebe de un trago)*. La cosa podía haberse quedado ahí, ¿verdad? Pues no. ¿Sabe Usted lo que me soltó? ¿Sabe lo que me soltó? “Hombre, aún hay que hacer otro test. Pero sólo para confirmar, ¿eh? Hala, vuelva Usted dentro de tres meses”. ¡La Medicina y la madre que la parió! *(Estrella el vaso)*

III

LA TORTURA

EL CHICO.- *(Desnudo, atado y amordazado)* No soy feliz. El caso es que no soy feliz. Treinta años. Unos mejores, otros peores. Pero siempre la impresión de haberlos perdido. Esperando. A alguien. O algo. ¡Al Santo Advenimiento! Como si la solución, el catalizador, eso que se desencadena y cambia radicalmente tu vida, tuviera necesariamente que venir del exterior. Nunca la acción. Nunca ejecutivo. Siempre a la espera. Que vengan. Que digan. Que hagan. ¿Por qué esta imposibilidad de tomar las riendas? ¿Es tal vez la impresión de que, hagas lo que hagas, nada cambiará? ¿Que te has dado por vencido antes mismo de que el combate comience? ¿Que renuncias a batirte como única postura posible, ante un mundo conquistado por los que sí, los que luchan, acuchillan, no dudan? ¿Porque odias a esos instalados que ya no os dejan hueco? No, ni eso. Es anterior, más profundo, consustancial a tu ser, inseparable como el alma del cuerpo. No la conciencia de la inutilidad, sino la ausencia misma del deseo. Vacío como vacías están las conchas en la playa. Mineral. Inerte. Zen. Pasan las olas. Dejan rastro. Una huella apenas esbozada. Y tú sigues ahí. Otro día más. Otra ...

VOZ.- *(Del chico, off, en un contestador automático)*. Hola, este es el cuatro treinta veintiocho treinta y dos. Déjame tu mensaje después de la señal. Gracias.

VOZ.- *(De la mujer, igualmente en off)*. ¡Hola, mi amor! Espero que sigas bien, que las correas no estuvieran demasiado flojas y te hagan daño. La del pene, sobre todo, creo que esta vez la apreté fuerte. Son las ... a ver ... las cinco y cuarto. Llevas ya nueve horas, ¿no? ¿Sufres? Me alegro. Ya ves cómo voy aprendiendo. Es tu carne la que me inspira. La que llevo, quiero decir. Aún me queda un cuarto de hora para terminar el trabajo, el proyecto avanza. Después recogeré a las niñas, las dejo en casa de su padre, paso por el Vip's, para comprarte comida de perros, y en cuanto acabe, voy. Dime que has escuchado este mensaje. *(Un silencio largo)*. ¿No tienes ganas de hablarme? Pues peor para ti. Hasta luego.

EL CHICO.- ¡Mi amor! Como un regalo de cumpleaños. Treinta años, treinta azotes. Unico lazo que me mantiene atado al mundo. Dolor: la manera de sentirme vivo, a la espera de que llegue la motivación que me haga avanzar, la pasión que me dé empuje para luchar por algo. Ese dolor que es el mío, que es el tuyo, tu dificultad en hacerme mal, tu banalidad, tus horarios, siempre viéndonos entre las niñas que hay que llevar al colegio, “espera que te ato”, “¡ay, se me olvidó mandar el fax con los planos”, “cómete esta mierda, que llego tarde a trabajar”. Te quiero. Como a nadie. Porque me eres indiferente. Porque tú, ese ser social, con hijas y obligaciones, no eres nada. Puro instrumento de mi deseo y mi no-deseo. Porque tenías miedo. Porque no te atrevías a hacerlo. Porque tu desesperación, aquella primera noche, me engañó. Porque te necesito, mientras no me lo contagies. Todo el mundo muriéndose de SIDA, a pesar de condones, geles lubricantes solubles al agua, jeringuillas no compartidas, y tú que no me lo pegas ni a tiros. Nuestras sangres confundidas, los mordiscos, las intravenosas, nada: tu virus se resiste a invadirme, a circular por mí. Y yo lo necesito, ¿sabes? Necesito esa lucidez embriagadora de saber que esta vez sí, que moriré para siempre, que ya no hay resurrección porque habré alcanzado la suprema transcendencia. Necesito esa llama pura del último fuego que sólo da una muerte de amor, una muerte hecha de semen y sangre, el dulce cauterio de profunda herida. Pero tú, como todos los tuyos, estás tan yerma, marchita, en ese triunfo momentáneo, en esa inútil huida hacia delante, que nunca conseguirás transmitírmelo.

VOZ.- *(Del chico, off, el mismo contestador)*. Hola, este es el cuatro treinta veintiocho treinta y dos. Déjame tu mensaje después de la señal. Gracias.

VOZ.- *(De la mujer, igualmente en off)*. ¡Hola, soy yo! Voy a llegar con un poco de retraso. Mejor, así esperas aún más. No consigo encontrar latas para perros, en el Vip's no quedan más que cosas finas y quiero que comas algo verdaderamente guarro. Voy a seguir buscando. Si no encuentro tendrás que tragarte tu propia mierda. Te quiero. Adiós.

EL CHICO.- ¡Pégame! ¡Pégame! ¡Pégame!
(Un largo momento de silencio).
Uno ... dos ... tres ... cuatro ... cinco ... seis ... siete ...

ocho ... nueve ... Contar. Puedo contar. O intentar moverme. No mucho. Unos centímetros, tan sólo. Hacia delante. Y hacia atrás. Hoy las ha atado bien tirantes. Está aprendiendo. Angustiar me por el tiempo que no pasa. O instalarme en la reflexión, el ensueño, incluso la duermevela: una decisión mía. Soy el dueño de mi voluntad. Ese es mi libre albedrío. Dudar de que todo esto exista. Negar las correas de cuero. Abstraerme del dolor de espalda, inaguantable al cabo de horas de pie. Hacer caso omiso de agujetas, cosquilleos, calambres. Soy el dueño de mi voluntad. ¿Qué son nueve horas en el plazo de una vida? Soy el dueño de mi voluntad. También puedo hacer lo contrario. Paladear el sufrimiento. Acentuarlo, intentando movimientos más amplios que los permitidos por la ley física de la resistencia material. Intentar inclinarme hacia delante: entonces me duelen el cuello, el pecho, las manos. Como una quemadura fugaz. Una descarga eléctrica. Contar cuánto tiempo puedo resistirla. Uno ... dos ... tres ... cuatro ... cinco ... seis ... siete ... ocho ... nueve ... diez ... once ... doce ... trece ... catorce ... quince ... dieciséis ... Soy el dueño de mi voluntad. Diecisiete ... dieciocho ... diecinueve ... soy el dueño de mi voluntad. Soy el dueño de mi voluntad. Diecinueve. Diecinueve. Es el límite. Frontera. Point of no return. También hacia atrás, pero entonces es el pene, los lumbares, ...

VOZ.— (*Del chico, off, siempre el mismo contestador*). Hola, este es el cuatro treinta veintiocho treinta y dos. Déjame tu mensaje después de la señal. Gracias.

VOZ.— (*De la mujer, igualmente en off*). ¡Cariño! Estoy hasta las narices de dar vueltas por toda la ciudad y no encontrar nada. Ya me he aburrido. Así que no voy. No es culpa mía si a estas horas está todo cerrado, el tráfico de órdago, imposible aparcar. No puedo más. Yo me vuelvo a mi casa. Lo único que deseo en estos momentos es una ducha caliente, musiquita clásica. Mañana, que ya estaré de mejor humor, intentaré pasar pronto para desatarte. Eso, si mi ex no me llama para decirme que tiene problemas con las niñas, que ahora me lo hace cada dos por tres. Que tengas un buen fin de semana. Un beso.

EL CHICO.— ¡Y ahora que les digo yo a mis padres!

IV

LA FIESTA

LA CHICA.— Hola.

LA MUJER.— (*La mira un rato en silencio*). Hola.

LA CHICA.— ¿Te aburres?

LA MUJER.— Pasablemente.

LA CHICA.— ¿Estás sola?

LA MUJER.— Divorciada. En fin, en trámites.

LA CHICA.— ¿Cuántos hijos?

LA MUJER.— Dos. Niñas.

LA CHICA.— ¿Amantes?

LA MUJER.— Uno. Mi apartamento es muy pequeño.

LA CHICA.— Me gustas.

LA MUJER.— Gracias.

LA CHICA.— ¿Quieres que nos acostemos?

LA MUJER.— “Sentemos”, querrás decir.

LA CHICA.— He dicho “acostemos”. Implica la idea de cama, sábanas, oscuridad. A menos que prefieras la luz.

LA MUJER.— No, gracias.

LA CHICA.— ¿En el coche, entonces?

LA MUJER.— Tampoco.

LA CHICA.— ¿En unos servicios?

LA MUJER.— No.

LA CHICA.— ¿En un ascensor?

LA MUJER.— No.

LA CHICA.— ¿En una moto? ¿A caballo? ¿En globo?

LA MUJER.— Tengo el SIDA.

LA CHICA.— ¿Y a mí qué?

LA MUJER.— En fin, no exactamente. Soy seropositiva.

LA CHICA.— Ya.

LA MUJER.— Que estoy enferma, vamos.

LA CHICA.— Y yo soy lesbiana.

LA MUJER.— Pero lo tuyo se cura.

LA CHICA.— ¡Y lo tuyo también!

LA MUJER.— ¿Ah, sí?

LA CHICA.— ¡Con agua de Lourdes! No te jode.

LA MUJER.— O sea: que ya no te apetece.

LA CHICA.— Pues claro que sí.

LA MUJER.— No no te esfuerces, ya me he dado cuenta de que no. Lo comprendo. No te juzgo. Claro con mi enfermedad...

LA CHICA.— Te he dicho que sí. Que soy una mujer, a ver si te enteras.

LA MUJER.— ¿Y qué?

LA CHICA.— Que yo, el SIDA, no sé ni lo que es.

LA MUJER.— Pues es una enfermedad muy grave, que yo tengo, que te mueres sin posibilidad de resucitar luego. O sea, que te toca, y sanseacabó de verdad ...

LA CHICA.— ¡Que no! Lo que quiero decir, es que a mí no me preocupa. Yo, en cuanto me enteré de que existía, me fui a informar de las vías de transmisión al Comité de Acción Ciudadana de mi barrio. Y en el momento que las supe, me dije: “tú, te haces lesbiana, que de esa porquería tú no te mueres, calva, esmirriada y con diarreas”.

LA MUJER.— Hombre, muchas gracias.

LA CHICA.— Mujer, perdona.

LA MUJER.— Eso, mujer.

LA CHICA.— Mira, yo seré una lesbiana por interés, pero mujer hasta la médula.

LA MUJER.— O sea, que a ti en realidad lo que te gustan son los hombres, y esto no es más que una ... medida de precaución, por así decirlo.

LA CHICA.— No.

LA MUJER.- Oye, ¿y no te sería más simple ponerte un condón? Vamos, digo yo. En fin, que se lo ponga él.

LA CHICA.- Que no, te estoy diciendo.

LA MUJER.- Que no ¿qué?

LA CHICA.- Que no me gustan los hombres.

LA MUJER.- ¿Entonces te gustan las mujeres?

LA CHICA.- No.

LA MUJER.- Pues, ¿qué te gusta a ti?

LA CHICA.- Los coños.

LA MUJER.- O sea, las mujeres.

LA CHICA.- ¡Y dale! A ver si te enteras: yo no soy bollera. A mí no me gustan las mujeres. Todo eso de la ternura, la compañera, la lucha feminista. Una tortillera es alguien a quien la gente señala con el dedo, que va con la lengua fuera cada vez que ve a una Lolita en minifalda, y luego se enamora de la primera camionera que le hace una caricia. Yo soy una mujer. Libre. Directa. A la que le gustan los chochos. Y que no quiere complicaciones.

LA MUJER.- ¡Pero tú eres lesbiana perdida!

LA CHICA.- ¡Pues claro!

LA MUJER.- Entonces, ¿lo del miedo al SIDA?

LA CHICA.- Nada, la toma de conciencia.

LA MUJER.- Ya. Como la toma de Granada, vamos.

LA CHICA.- Bueno, nos acostamos, ¿o qué?

LA MUJER.- Te he dicho que tengo novio.

LA CHICA.- Mejor, así además te das el gusto de ponerle los cuernos.

LA MUJER.- Es muy joven.

LA CHICA.- Aprenderá más rápido.

LA MUJER.- Tiene treinta.

LA CHICA.- ¡Mira tú! Los mismos que yo. O sea, que si es por hacernos un favor a los jóvenes parados ...

LA MUJER.- ¿Tú también?

LA CHICA.- ¿No acabo de decirte que tengo treinta años? Pues eso significa "abonado al INEM".

LA MUJER.- Es que no se lo merece.

LA CHICA.- ¿Cómo que no, si es un hombre? Digamos que te tomas una revancha contra el género en general.

LA MUJER.- No me gusta generalizar.

LA CHICA.- Tu ex-marido, por ejemplo, ¿no te ha jodido la vida?

LA MUJER.- Todo lo que ha podido.

LA CHICA.- Pues ya está: tú se lo cobras a tu amante, que al fin y al cabo, es de la misma cuerda.

LA MUJER.- Mirado así ...

LA CHICA.- ¿Dónde vamos?

LA MUJER.- A tu casa, ¿no?

LA CHICA.- No puedo.

LA MUJER.- ¿Por qué?

LA CHICA.- Vivo con mi abuela.

LA MUJER.- Pues yo, con mis hijas.

LA CHICA.- Mejor, así aprenden desde pequeñas.

LA MUJER.- ¿Y si le quitamos el Sonotone a tu abuela?

LA CHICA.- ¿Y si les ponemos algodón en los oídos a tus niñas?

LA MUJER.- También es una idea.

LA CHICA.- Vamos, prenda.

V

LOS TELEFONOS

LA MUJER.- (*Frente al teléfono*) Vas a sonar. Vas a sonar. Vamos que si vas a sonar, cabrón. Me tiene que llamar. Relájate. Respira profundo. Uno, dos. Uno, dos. Más hondo. Uno, dos. Dijo a las seis. Tres horas y cuarto de retraso las puede tener cualquiera. Es normal. Yo misma, a veces, con esta vida que llevamos, olvido cosas, las hago mucho más tarde. ¿Pero cómo coño se puede despistarse de llamarme? ¿Qué soy yo entonces para él? A mí no me importa que se retrase un poco, no soy una maniática de la puntualidad, ni de nada, en realidad, yo maniática no lo soy para nada, bueno, sólo para una cosa: para la puerta de la casa, que no soportaría que se quedase abierta cuando yo me voy y me robasen, ahora no, o sea, que me parece normal que llame un cuarto de hora más tarde, o incluso media hora. Pero que llame, que me diga que me necesita, que quedemos de una puñetera vez, aunque sea para que le ate y le arree, yo no me opongo, ¡si yo estoy de acuerdo en todo! La culpa es mía. Por idiota. Sólo a mí se me puede ocurrir. ¡Con un crío! "Que no me llames a tal hora, que está mi madre", "que a tal otra el que coge es mi padre". ¡Estoy harta, harta! De acuerdo, que ahora está la cosa muy difícil, el paro y todo eso, pero ¡joder!, a los treinta ya es hora de independizarse, ¿no? ¿Es que no piensan largarse de casa nunca? Yo, a las niñas, en cuanto cumplan dieciocho, las pongo de patitas en la calle. ¡Hale, a buscaros la vida, como hicimos los demás! Que nosotros no berreábamos, y tampoco nos daban nada. Pero luchábamos. Creíamos. Así hemos conseguido lo que hemos conseguido. Con nuestro propio esfuerzo. No como éstos, esperando que se lo den todo hecho, y si no, ¡hala! a lloriquear y deprimirse. ¡Pues espabilaros, so páñilos! Bueno, tampoco mucho, no nos vayáis a hacer sombra. (*Espera un momento en silencio*). Tres horas y media ya esperando tu llamada. ¡Qué crueldad! No tienes respeto. Ni compasión. Cabrón. Cabrón. Cabrón. ¡Pena me da, que no consigo pegártelo! Y mira que no será porque no lo intente. Pero estáis acorazados, la generación X de las narices. ¡La próxima vez que nos veamos, soy yo la que te mato! Y no te resucito. (*Espera en silencio*). ¡No llamarás! ¡No llamarás!

LA CHICA.- (*Con el teléfono en la mano*). Sí. No. Sí. No. Sí. No. Una idiotez. Gilipollas. No lo hagas. Soy una adulta. Imbécil. Independiente. Libre. Me gustaste, sí, ¿y qué? No eres única. Hay cientos. Miles. Millones, como tú. Sólo tengo que salir y descubrirlas. O sacarlas a la luz. (*Grita*): ¡SOY LESBIANA PORQUE ME GUSTA Y ME DA LA GANA! Especial sí, pero no única. Diferente: tú no te das. Provocas placer. Pero no te entregas. En el instante del abandono siempre guardas una parte que se mira, que nos mira, una distancia irreductible. Como si fuese un sueño que nos sueña, y tú el ojo que anda en la duermevela. Eso es lo que me vuelve loca. Que no me deseas. O no como las otras. No mi cuerpo. Sino otra cosa. Algo que está más allá de mí. Por eso tengo que volver a verte. Porque desde esa noche, no

pienso más que en ti. Porque mi libertad, mi independencia, las puedo tirar por la ventana ahora mismo. Esclavizarme. Entregarme. Como una perra. Pídemelo lo que quieras, que lo dejo todo. Por ti. Hasta a mi abuela. Me largo contigo y sanseacabó. Por eso no puedo esperar a que me llames tú. Lo necesito. Ya. Lo hago. Lo hago. Lo estoy haciendo. *(Marca el número)*. Cuatro. Tres. Siete. Seis. *(Corta)*. No. No puedo. No puedo hacerlo. ¿Cómo explicártelo? ¿Por qué no me lo diste tú? ¿Por que no quisiste darme-lo? Cuando yo te escribí el mío, tú ni siquiera hiciste el mínimo amago. Era ya tarde, las niñas se iban a levantar, había que correr, es cierto, pero tampoco hubieras tardado tanto, digo yo. “Ya te llamaré, te llamo esta semana, fijo”, dijiste, no se me ocurrió dudar un segundo de ti. ¡Qué tonta! En ese momento debí pedirte, no me lo hubieras negado. Pero ya van ocho días. Y no puedo más. Igual has tenido trabajo. O estás muy ocupada. Eso puedo comprenderlo. Pero al menos un par de minutos, sólo el tiempo de decirme “hola, ¿cómo estás?, ya te llamaré”, seguro que los tienes. Y no veas el trabajo que me ha costado averiguarlo. Pero ahora puedo llamarte cuando quiera. La combinación de la caja fuerte. Cuatro. Tres. Siete. Seis. Dos. Cinco. Dos. Te llamo. Yo te llamo. Ya no puedo más. Ocho días son ocho días. Y tú la mujer de mi vida. *(Marca)*. Cuatro. Treinta y siete. Sesenta y dos. Cincuenta y dos.

EL HOMBRE.- *(Hablando por teléfono)*. Mira, estoy harto de este contestador. Sé que estás ahí y no te da la gana de descolgar, pero me da igual. Hoy me oyes. Vaya que si me oyes. Y si lo rompo de tanto hablarte, mejor. ¡Te jodes! ¡Eres una zorra, y lo que has hecho conmigo no se hace con nadie! ¿Que teníamos problemas? De acuerdo. ¿Que yo no me portaba bien contigo? De acuerdo. Pero no es razón. No la es. ¿Tú te das cuenta de mi angustia? No me digas que no lo has hecho a propósito. Que te conozco: “ay, es que soy tan distraída, no me di cuenta”. Esa asquerosidad no se coge por despiste, cariño. Ni en el metro. ¡Pero cómo se te pudo olvidar decírmelo! Asesina. Una asesina. Eso es lo que eres. Premeditada. Y alevosa. ¡Ojalá te mueras calva y con retortijones! ¡Egoísta, más que egoísta! No sé ni para qué coño te casaste conmigo. Porque tú nunca me quisiste. No lo niegues. Por interés, sólo por interés. Ahora estarás contenta, ¿no? Sola y bien sola, como te lo mereces. Sin nadie que te moleste. Porque no te creas que yo voy a andar detrás de tí. No, señor. Si te llamo, es únicamente para que te sientas culpable. Aunque lo mismo te da un gustazo, verme así. Porque tú me odias. Yo sé que me odias. Desde el primer día. Enseguida me cogiste manía. Esas cosas un hombre las nota. Nunca me dejaste entrar en tu intimidad. Ni a las niñas, tampoco. Eso no lo hace una madre. Si las hubieses acaparado, lo habría comprendido, es una reacción normal de esposa insatisfecha, me lo ha explicado mi analista. Pero lo que tú has hecho, ni él lo comprende. Es maldad pura. Te juro por mi madre que si el test de confirmación me sale positivo, yo te mato. Te mato. A hachazos. O a tortazos. Hasta entonces te voy a estar jodiendo a llamadas todos los días. Yo te bloqueo el aparato este de los huevos. Y

no me planto en tu casa para darte una paliza porque soy un señor. No como tú, que no tienes ninguna clase. ¡Pero si tu madre vendía pescado, y a tu abuela la llamaban “Conchi, la de los chicharros”! Además, las niñas no se lo merecen, que ninguna culpa tienen. No sé ni cómo no te quito la patria potestad, con el ejemplo que les estás dando. Como se lo pegues a una de ellas, después de haberte matado, te remato, te recontrato y te vuelvo a matar hasta que me canse.

EL CHICO.- *(El teléfono no para de sonar durante todo el texto; él no descuelga nunca)*. Déjame en paz. Me cansas. Te odio. Me aburres. O también podría decir: Insiste. Pruébame. Sufre. Por mí. Amame. Todo es lo mismo. Idéntico. Querer. Que te quieran. No querer. Odiar. Que no te quieran. Que te odien. Una vez descubierta la relación de fuerzas, quién se entrega y quién recibe, las formas concretas, posteriores, no tienen ninguna importancia. Eternas repeticiones de la misma comedia. Las ganas. La pasión. El sinvivir. La primera frialdad. Los celos. La duda. La traición. El descubrimiento. La ruptura. Todo ya conocido antes de hacerlo. Todo ya previsto desde el principio. ¿Cómo seguir adelante cuando sabemos de memoria el final del libro, el asesinato del protagonista? Inventamos alicientes falsos. Engañamos. Queremos engañar. A nosotros mismos. El otro no importa. No cuenta. El amor es cosa de uno. De su fantasma, proyección, alteridad. Y yo necesito creer que eres distinta, que esta relación es otra. Así que me hago desear. Consciente de mi poder. De tu angustia. *(Escucha un momento el teléfono)*. Este mismo sonido durante horas, el día entero, sabiendo que eres tú, que estás ahí, pensando “¡que lo coja, por Dios que lo coja de una vez!”, puedo acariciarlo con mis dedos, sentir tu deseo dolorido que transpira por el auricular. Sentirme dueño, fuerte, dominador, pero a la vez admirado, rendido, sucumbiente, a la fuerza de tu deseo, de esta necesidad de mí que nadie había tenido. Bastaría descolgar el auricular para romper el encantamiento, encontrarme con tu voz. Tú, que dejarías de ser ese tú nebuloso y tentador para ser tú manojito de nervios, tú una cita concreta, tú una sesión más. Tranquilizada, ahora aliviada, dispuesta a convertirte de nuevo en vengadora y revanchista. Tú. Tú. Y yo. No quiero. Aún no. Un poco más. Sólo un poco. Mi placer. Este es mi placer. *(El teléfono sigue sonando)*.

VI

EL DESPACHO (I)

EL HOMBRE.- *(Hablando por teléfono)* Pero, ¿cómo que no es posible? No me vengas con tonterías, Manolo. (...) Y yo te digo que sí. Mira, que ya son quince años de profesión los que tengo, ¡si sabré yo lo que se puede hacer y lo que no! (...) Que sí, hombre, que lo sacas de ahí y lo metes en sub-

venciones a fondo perdido. (...) ¡Coño, me lo dirás a mí, que me he hecho toda la reconversión naval! (*Escucha largo tiempo lo que le están diciendo, se enfada, bufa, tapa el auricular y se dirige al chico*). Ahora mismo estoy contigo, ¿eh?

EL CHICO.- Por mí no se preocupe.

EL HOMBRE.- No, no, de verdad, ahora mismito acabo. (*Al teléfono*): ¡sí, sí, sí!

EL CHICO.- ¿Quiere que espere fuera?

EL HOMBRE.- ¡Que sí, coño!

EL CHICO.- Bueno, tampoco se ponga así.

EL HOMBRE.- No, hombre, si no era a ti, era a este gilipollas, que no ... (*Al teléfono*) No, nada, nada. (...) Que no, Manolo, hombre, ¿cómo iba a decirte eso? Es que tengo aquí a la secretaria que ... (...) ¡Sí, sí, sí! Pero yo te digo que ... (...) Mira: al ministro lo conozco, es pariente lejano de mi mujer, en fin, mi ex-mujer, bueno, da igual; el caso es que hemos comido juntos, y con la reconversión naval hicimos el mismo pufo: nunca pasó nada. (...) No, hombre, no: es una manera de hablar. (...) Legal, todo legal, te lo digo yo. (...) Oye, que éste es un despacho serio y yo (...) ¡Eso lo hace todo el mundo! Además, ¿para qué coño regalarle el IVA a Hacienda? (...)

EL CHICO.- Bueno, yo me voy. (*Se levanta*).

EL HOMBRE.- Ten un poco de paciencia, hombre, que ya está. (...) Tú también. Eso, que tengas paciencia. (...) (*El chico se sienta de nuevo*). Bueno, mira, tú te lo piensas y lo volvemos a hablar, ¿eh? Hala, adiós. (*Cuelga*). ¿Ves?, ya estoy contigo. (*Un silencio*).

EL CHICO.- ¿Y?

EL HOMBRE.- Nada.

EL CHICO.- Nada, ¿qué?

EL HOMBRE.- Un poco decepcionado. Sorprendido, más bien. No sé, imaginaba otra cosa.

EL CHICO.- ¿Cómo?

EL HOMBRE.- Más moderno. O más guapito: media melena y cuerpo de gimnasio. O más intelectual. Qué sé yo. Otra cosa. ¡Mierda!

EL CHICO.- ¿Cómo dice?

EL HOMBRE.- Nada. ¿Me perdonas sólo un segundo? (*Antes de obtener respuesta, aprieta el botón del interfono y ordena*): Maite, apúnteme por favor llamar a Manolo Sauquillo el lunes próximo. Gracias.

EL CHICO.- ¿Qué quiere?

EL HOMBRE.- Que la dejes.

EL CHICO.- ¿Por qué?

EL HOMBRE.- Porque la quiero.

EL CHICO.- Mentira.

EL HOMBRE.- Porque es mi esposa.

EL CHICO.- Era su esposa.

EL HOMBRE.- No puedo vivir sin ella.

EL CHICO.- ¿Por eso le hizo la vida imposible?

EL HOMBRE.- Y tú, ¿qué has hecho por ella?

EL CHICO.- La he matado.

EL HOMBRE.- Hombre, no está mal para empezar.

EL CHICO.- La he resucitado. Lleva carne de mi carne y sangre de

mi sangre. Ahora estamos unidos. A cambio, ella ha prometido contagiarme.

EL HOMBRE.- ¡Vaya por Dios! ¡Qué generosa!

EL CHICO.- Yo se lo he pedido.

EL HOMBRE.- Si cuando digo yo que los jóvenes sois rarísimos ...

EL CHICO.- ¿Le dice a Usted algo *amada en amado transformada*?

EL HOMBRE.- No.

EL CHICO.- *¿Humo anhelando quien no exuda fuego?*

EL HOMBRE.- Menos aún.

EL CHICO.- ¿Ascesis?

EL HOMBRE.- No.

EL CHICO.- ¿Eterno conocimiento?

EL HOMBRE.- Tampoco.

EL CHICO.- ¿Ni siquiera transcendencia?

EL HOMBRE.- Ni siquiera.

EL CHICO.- Escudado tras su despacho, su coche, su casa con jardín, es Usted un páramo yermo.

EL HOMBRE.- Bueno, al grano, al grano.

EL CHICO.- Nunca podría entender esa regalada llaga de puro amor que eleva más allá de carne, alma y vida.

EL HOMBRE.- ¿Ponemos las cartas boca arriba?

EL CHICO.- ¿Qué quiere?

EL HOMBRE.- ¿Qué te puedo dar para que la abandones?

EL CHICO.- Nada. Nunca.

EL HOMBRE.- ¿La quieres de verdad?

(*El chico no contesta*).

EL HOMBRE.- ¿No será únicamente un instrumento para conseguir el vuelo cósmico ése, más bien?

(*El chico sigue callado*).

EL HOMBRE.- ¿Cuántos años tienes?

EL CHICO.- Treinta.

EL HOMBRE.- ¿Tienes piso?

EL CHICO.- No.

EL HOMBRE.- ¿Tienes coche?

EL CHICO.- No.

EL HOMBRE.- ¿Moto?

EL CHICO.- No.

EL HOMBRE.- ¿Novia?

EL CHICO.- Su mujer.

EL HOMBRE.- ¿Motorola?

EL CHICO.- Tampoco.

EL HOMBRE.- ¿Cuánto ganas?

EL CHICO.- Nada.

EL HOMBRE.- ¿Cuántos años llevas en el paro?

EL CHICO.- Cinco.

EL HOMBRE.- ¿Has trabajado alguna vez?

EL CHICO.- Nunca. No.

EL HOMBRE.- (*Suena el interfono*). (...) Que no, Maite, ahora no me pase a nadie. (...) ¿Quién? (...) Sí, mujer, sí, a ese sí. (*Tapando el auricular*) Es solo un segundo, ¿eh? (*Por el teléfono*): Hola, ¿cómo estás? (...) Mira, de ese tema ya le dije a tu socio que yo no me quiero ocupar. (...) Que no, hombre, que no es por eso. (...) De verdad; que es que yo, con Recaudación Tributaria (...) No, no, escúchame lo que te digo: yo tuve un tema con ellos, un procedimiento de apremio (...) Si ya lo sé, hombre, que no es lo mismo, pero lo que yo quiero

decir es que ... *(Aprieta un botón)*. ¿Maite? ¿Maite? Se ha cortado; cuando vuelva a llamar, me lo pasa, ¿eh? pero a nadie más. Que no me molesten ahora. Así que todavía no te lo ha pegado, ¿eh?

EL CHICO.- No lo consigue.

EL HOMBRE.- No, si es que es de un mañoso ...

EL CHICO.- Intentarlo, ya lo intenta.

EL HOMBRE.- Pero, ¿es seguro, seguro, que no?

EL CHICO.- Absolutamente.

EL HOMBRE.- ¡Entonces a mí tampoco!

EL CHICO.- ¿Es que Usted se acuesta con ella?

EL HOMBRE.- Una vez nada más. Es que no me di cuenta. Recientemente, quiero decir.

EL CHICO.- Quiero su dedo anular.

EL HOMBRE.- ¿Y cómo hago yo?

EL CHICO.- Se lo corta, como todo el mundo.

EL HOMBRE.- Ya, pero ¿cómo hago para verla y cortárselo?

EL CHICO.- ¡He dicho que quiero su dedo!

EL HOMBRE.- ¡Que no soy sordo! Pero a ver si crees que es fácil irle dando tajazos a tu mujer una vez que te has divorciado.

EL CHICO.- ¿No me entiende? ¡QUIERO SU DEDO!

EL HOMBRE.- ¡Y dale!

EL CHICO.- ¿Me deja que le tutee?

EL HOMBRE.- Hombre, ya puestos ...

EL CHICO.- Quiero tu dedo.

EL HOMBRE.- ¡Cagüen la leche!

EL CHICO.- El anular. De la mano derecha.

EL HOMBRE.- ¿Por qué?

EL CHICO.- Justicia distributiva. *(Mostrándole su mano derecha)*. ¿No ve que me falta? Si Usted la recupera, yo no quiero quedarme dedimanco. Además, un poco de madurez, aunque sea implantada, me vendrá muy bien.

EL HOMBRE.- No he entendido nada, pero si la abandonas ...

EL CHICO.- Palabra de scout.

EL HOMBRE.- ¡Por la paz y la armonía, un avemaría! *(Toma el teléfono, extiende la mano derecha sobre la mesa, descarga un golpe contra los dedos. Mira el resultado, sin inmutarse. Se arrea un segundo telefonazo. Un tercero)*.

EL CHICO.- Le va a costar.

EL HOMBRE.- No me conoces tú a mí, que soy de Arrigorriaga. *(Sigue machacándose la mano con el auricular. Por fin empieza a brotar sangre. Estalla a chorros)*.

EL CHICO.- ¡Coño, que me salpica!

EL HOMBRE.- ¡Pues quítate de enmedio, sinsorgo! *(Se pone de pie, extiende la mano, lanza el teléfono. Nada. Intenta con un zapato, el pisapapeles, la mesa, contra la pared. No hay manera. La emprende de nuevo a telefonazos, cada vez más fuerte, completamente enfebrecido. Suena el teléfono)*. ¡Mierda! ¡Tenía que llamar ahora! ¿Diga? (...) Sí, eso es lo que te decía, que de ese tipo de temas, yo nada. *(Continúa intentándolo mientras habla)*. (...) Eso, eso, encárgaselo a Mario Fernández, que ése sí que es un chanchullero. (...) ¡Joder, me he manchado la corbata! (...) Pues, ¿de qué va a ser, hombre? ¡De sangre, que estoy yo aquí arrancándome un dedo! (...) Gracias. Y ténme al corriente de cómo sale el asunto. (...) Adiós.

(Cuelga, arreándose un telefonazo de órdago en el dedo). ¡Ya está! Toma.

EL CHICO.- Gracias. *(Se lo coloca en el lugar del anular que le falta)*.

EL HOMBRE.- Nada de "gracias". Fírmame un recibo. Y la dejas hoy mismo.

EL CHICO.- Mañana.

EL HOMBRE.- Hoy, he dicho. Tú no la vuelves a ver.

EL CHICO.- Pero si no le digo que la dejo, no puedo hacerle daño.

EL HOMBRE.- La abandonas sin explicaciones, que duele más.

EL CHICO.- Oiga, ¿no tendría Usted algo para mí? Algún puesto de trabajo. O un enchufe.

VII

LA CAÍDA

LA CHICA.- Es estúpida esta sensación. Ligera. Aérea. Flotando como hoja arrastrada por el cierzo. Que nunca llega a tierra. Absurdo. Absurdo. Yo creía que una se tiraba por el balcón, y ¡CHOF!, un huevo frito sobre la acera. Si llego a saber que el suicidio es esto, yo no me tiro. ¡Vaya que si no me tiro! Flotando. Planeando. Y no llegas nunca. Si es que no me sale nada a derechas. Tenía que haber metido el secador en la bañera. Eso nunca falla. ¡VLAN!, estirada para la eternidad, como un pajarito frito. Ni una arruga que te queda, oye. Ahora, en cambio, en cuanto llegue, unas natillas escachadas. Mejor; así, cuando vea mi foto en el periódico, le van a comer los remordimientos. Porque si yo me estoy suicidando es por amor. Por falta de amor. Porque no puedo vivir sin ella, y a ella le trae al fresco. También es verdad que ahora estoy en la calle, mi abuela me quiere echar de casa, llevo ocho años de paro, no consigo trabajo de nada, se me ha muerto el perro y me están empezando las arrugas, pero eso es secundario. Lo del suicidio es por amor. Sobre todo, por amor. Si al menos me hubieras llamado una vez. Una sola. Eso habría bastado para salvarme la vida. Saber que te provocho alguna emoción. Aunque fuera odio. Pero no esta indiferencia.

(A lo lejos, suena un teléfono).

¡Mierda! ¡Tenía que sonar justo ahora, cuando ya estoy llegando al suelo y me voy a escachar la crisma! ¡Anda que si fueras tú, vaya chasco! Bueno, al menos creo que puse el contestador. *(Escucha. El teléfono suena cinco veces, cada vez más lejano. Las va contando)*. Una ... dos ... tres ... cuatro ... cinco ... Pues no, no lo enchufé, así que no podré escuchar tu mensaje. ¡Cagüen la leche! ¡Y qué más me dará a mí, si luego estaré muerta!

(Oscuro. Un ruido ensordecedor: un enorme porrazo. Sirenas de ambulancias. Cuando se hace de nuevo la luz, la mujer está arrodillada en el suelo, junto al chafarrinón de la chica).

LA MUJER.- Levántate y anda. *(Espera un tiempo en silencio)*. Te

quiero. Ahora te quiero. He comprendido. Resucita. Anda, hazlo por mí. Un paso, otro paso, y ya. Por mí. Por tus muertos. Bueno, eso no. ¡Que te quiero, coño, que te necesito! Anda, muévete. Como navío que zarpa. Como agua en los arrozales. Muévete. Muévete. Muévete. Por favor. Me ha dejado, ¿sabes? Así que me he decidido. Me vengo contigo. De “venir”, no de “vengarse”, por supuesto. O sea, que tú tienes que hacer un esfuerzo por tu parte. Tienes que levantarte. Tienes que quererme, que yo no me merezco otra cosa. ¡A ver si te crees que puedo ser la amante de una especie de huevos escalfados! ¡Vamos, hombre! Perdón: mujer, que ya sé que en eso eres tú muy susceptible. ¡Hale, un poquitín de voluntad, arrejuntas todos los pedacitos, te vuelves a meter los sesos esparcidos en la mollera, y nos damos un beso de película!

LA CHICA.- (*Sin moverse un ápice*) Noli me tângere.

LA MUJER.- ¿Qué?

LA CHICA.- Noli me tângere.

LA MUJER.- ¡Ah, no! ¡Ah, no! No me empieces con cosas raras. Cuando yo me moría, a mí sólo me daba por decir “sí” todo el rato.

LA CHICA.- ¡Que no me da la gana! Digo, que no me toques.

LA MUJER.- Mira: eso ya lo voy entendiendo mejor. Aunque entender, lo que se dice entender, no lo entiendo, la verdad: un mes persiguiéndome, y ahora me vienes con ésas.

LA CHICA.- Pues ahora no quiero yo.

LA MUJER.- ¡Pero si me habías dicho que estarías esperándome toda la vida!

LA CHICA.- Verba volant, scripta manent.

LA MUJER.- ¡Ya vale, eh, con los latines!

LA CHICA.- No tienes ningún respeto para con las muertas.

LA MUJER.- Oye, que yo también he pasado por ahí.

LA CHICA.- No te ocupas lo suficiente de mí.

LA MUJER.- No me he ocupado. Ahora estoy aquí.

LA CHICA.- Nunca me llamas.

LA MUJER.- Te acabo de llamar.

LA CHICA.- Serás celosa y posesiva.

LA MUJER.- ¡Si aún muerta ya eres así, a ver quién te aguanta cuando resucites! Mira, mejor me voy. (*Se levanta*).

LA CHICA.- Vade in pace. Nil novi sub sole: margaritas ante porcos, in cauda venenum.

LA MUJER.- ¡Joder!

LA CHICA.- ¿Me necesitas?

LA MUJER.- Sí.

LA CHICA.- ¿Me deseas?

LA MUJER.- Sí.

LA CHICA.- ¿Me quieres?

LA MUJER.- En este momento, sí.

LA CHICA.- Es suficiente. Para resucitar, un poco de amor vale. Y la entrega de la carne.

LA MUJER.- ¿Qué carne?

LA CHICA.- Me tienes que ofrecer un dedo. En prenda.

LA MUJER.- ¡Mira cómo eso no lo dices en latín!

LA CHICA.- Dedo: cada una de las partes en que se divide en su extremo la mano, el pie o la pezuña de los animales. Los de la mano reciben los nombres siguientes: meñique, anular, medio, índice, pulgar.

LA MUJER.- No, si ya lo he entendido.

LA CHICA.- ¡Venga!

LA MUJER.- ¿No podría darte otra cosa? Qué se yo, un anillo, por ejemplo, como todo el mundo.

LA CHICA.- No remolonees. Tú has pasado por ahí, o sea que lo sabes muy bien. Hay que hacer don de sí mismo. Carne de tu carne y sangre de tu sangre. Eso es lo que nos permite volver de cada muerte: haber sido amados hasta el extremo. Hasta la última ascesis, ese dulce cauterio de profunda herida del que no hay regreso posible.

LA MUJER.- ¿Y me prometes que te recompones?

LA CHICA.- Palabrita del Niño Jesús.

LA MUJER.- Pero ¿toda, toda?

LA CHICA.- Por éstas, que son cruces.

LA MUJER.- ¿Cuál quieres?

LA CHICA.- El índice.

LA MUJER.- ¡Anda que no eres lista! Confórmate con el meñique, que sólo sirve para sacarse cera de las orejas.

LA CHICA.- Dejémoslo en el anular.

LA MUJER.- Hecho. Muerde. (*Tiende su mano hacia el amasijo de carne. Desconcertada*). Pero, ¿dónde coño está tu boca?

LA CHICA.- Aquí. (*Le arranca el dedo de un tarisco*).

LA MUJER.- ¡La leche!

LA CHICA.- No: la pasión. Ad augusta per angustam!

LA MUJER.- ¡Per sécula seculorum y seculón!

VIII

LA SAUNA

EL CHICO.- No me gusta este sitio.

EL HOMBRE.- Pues es discreto.

EL CHICO.- Ya. Lleno de maricones.

EL HOMBRE.- ¿Te importa?

EL CHICO.- Sí. Me gusta que los hombres sean hombres.

EL HOMBRE.- ¿Y las mujeres?

EL CHICO.- Las prefiero lesbianas.

EL HOMBRE.- Ya.

EL CHICO.- ¿Le parezco reaccionario?

EL HOMBRE.- No, si siendo scout ...

EL CHICO.- No crea: tengo muchos amigos skins que aprendieron con los scouts.

EL HOMBRE.- Yo, en cambio, con los jesuitas.

EL CHICO.- También los agustinos son buena escuela. Mano dura y convicciones firmes.

EL HOMBRE.- ¡Menos mal que aún hay jóvenes idealistas! (*Le pone la mano en la rodilla*). ¿Cómo te sientes?

EL CHICO.- Incómodo, con esa mano ahí. Si me sigue tocando ...

EL HOMBRE.- No, si me refiero a lo de no ver a mi ex-mujer.

EL CHICO.- Me da igual. Un poco de abstinencia siempre viene bien. Ahora me dedico a otras cosas.

EL HOMBRE.- ¿A qué?

EL CHICO.- A aprender informática. A perfeccionar idiomas. A pegar a los maricones.

EL HOMBRE.- ¡Mira qué bien!

EL CHICO.- ¿Le parece mal? Pues yo estoy encantado: por fin le encuentro un sentido a la vida. Gracias a su contribución. Desde entonces, soy otro. No le parece mal, ¿verdad?

EL HOMBRE.- ¿Mal, dices? ¡Qué va! Si me viene de maravilla.

EL CHICO.- ¿Por qué?

EL HOMBRE.- Tengo una cosa para ti.

EL CHICO.- ¿Un trabajo?

EL HOMBRE.- Maricones y lesbianas, todo lo mismo, ¿verdad?

EL CHICO.- Pues no.

EL HOMBRE.- A ver: ¿dónde está la diferencia?

EL CHICO.- Los maricones no son hombres. Las lesbianas son mujeres. Y me gustan. Las lesbianas, quiero decir.

EL HOMBRE.- Pero son todos carroña, ¿no?

EL CHICO.- Y dale: las lesbianas no. Son gente como la demás, que le gustan las tías. Como a nosotros. Es normal. Lo que no comprendo es a la gente que le gustan los tíos.

EL HOMBRE.- ¿Ni siquiera a las mujeres?

EL CHICO.- No es culpa suya. Es que les han hecho así.

(Suena una motorola. El hombre se la saca de la toalla y responde).

EL HOMBRE.- ¿Dígame? (...). No, Manolo, no. Muchas gracias, pero no. (...) Porque a mí esa OPA no me interesa. (...) Eso es. (...) No dejes de llamarme si tienes algo de lo de Transacciones Exteriores, ¿eh? (...) Adiós.

EL CHICO.- ¿Usted no desenchufa nunca?

EL HOMBRE.- Sí. Cuando voy de putas. Pero a lo nuestro: tú entonces a las lesbianas no les pegas, ¿no?

EL CHICO.- ¿Y por qué les iba a pegar, si no me han hecho nada?

EL HOMBRE.- ¿Y los maricones?

EL CHICO.- Esos sí, porque no son normales. ¡Pero si lo hacen sin mirarse a la cara! Claro, por eso pillan tantas enfermedades.

EL HOMBRE.- Bueno: tú querías trabajo, ¿sí o no?

EL CHICO.- Sí.

EL HOMBRE.- Ahora, que es en negro, ¿eh?

EL CHICO.- ¿Sin Seguridad Social?

EL HOMBRE.- Sin Seguridad Social.

EL CHICO.- Está bien, pase por esta vez.

EL HOMBRE.- ¿Tú tienes carrera universitaria?

EL CHICO.- Sí.

EL HOMBRE.- ¿Y Máster?

EL CHICO.- Dos.

EL HOMBRE.- ¿Servicio Militar cumplido?

EL CHICO.- Como el primero.

EL HOMBRE.- ¿Hablas inglés?

EL CHICO.- Perfecto.

EL HOMBRE.- ¿Alemán?

EL CHICO.- También.

EL HOMBRE.- ¿Francés?

EL CHICO.- Bastante.

EL HOMBRE.- ¿Informática?

EL CHICO.- Estoy aprendiendo Windows, WordStart y Lotus.

EL HOMBRE.- Muy bien. Entonces tú puedes darles una paliza a dos mujeres.

EL CHICO.- ¿Por qué?

EL HOMBRE.- Porque son tortilleras.

EL CHICO.- ¿Y qué?

EL HOMBRE.- Que una es tu ex-novia. O sea, mi ex-mujer.
(Un silencio largo).

EL CHICO.- Pásame el cubo de agua fría.

IX

LA BUSQUEDA DE TRABAJO

LA CHICA.- *(Con una agenda, un bolígrafo y hojas)* Esto sí que es quererme. Nadie había hecho algo parecido por mí. Si a través de ella lo consiguiera, si lo lograra de una puñetera vez, nunca podría agradecerse bastante. Diez números. ¡Diez! Alguno tiene que funcionar, digo yo. Entre tantos, uno o dos por lo menos. Seguro que sí. ¡Animo, arriba la moral, que de ésta nos bautizamos! Respiremos hondo, y ¡a ellos! *(Descuelga el teléfono. Marca un número que está anotado en la agenda).* A ver ... cuatro ... veinticuatro ... cuarenta y cuatro ... once. *(Espera).* ¡Hola, buenos días! (...) Soy la amiga de (...) Ah, muy bien, así que ya le ha hablado de mí. (...) Bueno, pues ya sabe para qué le llamo (...) Sí, terminé hace diez años. (...) No, nada; desde entonces, nada. (...) No, pero estoy haciendo unos cursillos del Inem. (...) Perfecto. ¿Dentro de quince días? (...) ¿A esta misma hora, le viene bien? (...) Descuide, que no dejaré de llamarle. Muchísimas gracias, es Usted muy amable. *(Cuelga).* ¡Qué diferencia! ¡Si es que no hay como llamar de parte de alguien! Ya veremos en qué queda al final. Pero yo creo que con un poco de suerte ... Porque esta gente, si quiere, puede hacerlo. Eso es lo bueno de salir con alguien de su edad: siempre le sacas algo. ¿No han chupado ellos del bote de lo lindo? Pues ahora tienen que dejarnos un poco a los que venimos detrás, ¿no? Que merecido ya nos lo teníamos. Pero no nos distraigamos. Orden y método, como decían en la academia, que yo siempre he sido muy trabajadora. Sin trabajo, pero muy trabajadora. ¡Hala, al siguiente! *(Consulta de nuevo la agenda. Marca).* Cuatro ... quince ... catorce ... once. ¡Hola, buenos días! (...) Le llamo de parte de (...) Eso es, exactamente. ¿Entonces ella le ha dicho algo ya? (...) ¿Usted cree? (...) ¿Por qué? (...) Pero, ¿nada, nada? (...) O sea, que no ve ninguna posibilidad. (...) Y aunque no sea en eso, ¿en alguna otra cosa, tampoco? (...) ¡Pues sí que me da Usted ánimos! (...) Al menos, le puedo enviar mi currículum, ¿no? (...) Vale, muchas gracias. (...) Adiós. *(Cuelga).* ¡Nada! ¡Nada! ¡Ninguna posibilidad! ¡No te jode! Eso será porque no soy de su cuerda, que a sus hijos seguro que

los coloca. Y a los hijos de sus amigos. Pero a mí, que soy lesbiana, huérfana y parada desde hace años, que me ampare un guardia. Anda, que como todos los contactos sean así, voy dada. Ahora, que yo de ésta encuentro trabajo. ¡Vaya que si lo encuentro! De lo que sea, pero yo me coloco. Se acabaron las esperas. El no hacer nada. Ahora tengo una responsabilidad: hay que pagar el teléfono todos los meses, el colegio de las niñas, la luz, y pienso colaborar, que a mí no me mantiene nadie. Aunque viva en tu casa. Porque yo no me he casado contigo para ser una maruja. Yo no llevo tu carne en mí como adorno, sino por ser un alma en dos cuerpos escindida. A tu muerte, de la que ya no regresarás, mi silencio será llama de amor vivo que aliente tu vacío. Me quedaré con las niñas. Y con el piso, que está muy bien, con el coche, el garaje, el vídeo, la cadena y quizás también la pulsera de tu madre. Por amor, yo lo conservaré todo. Espero que para entonces hayas terminado de pagar las letras, porque no quisiera meterme en gastos. Así que, a por otro. (*Consulta otra vez la agenda. Marca*). Cuatro ... cuarenta y dos ... cuarenta y tres ... cuarenta y siete. ¡Hola, buenos días! (...)

X

LA PALIZA

(*La escena se desarrolla en una oscuridad total. Sólo se escucharán voces: de la mujer, de la chica, del chico, de otros dos chicos. Ruidos de golpes, mamporros, carreras, gritos*).

VOZ DE LA MUJER.- ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Policía! ¡Policía!

VOZ MASCULINA 1.- ¡Chilla, chilla, a ver si crees que van a venir por una camionera como tú!

VOZ DE LA CHICA.- ¡Cabrones, hijos de puta, cabrones!

VOZ DE LA MUJER.- ¡No, no, no! ¡Por favor! ¡Déjame, déjame!

VOZ MASCULINA 1.- Esto, para que te enteres. (*Un grito desgarrador*). Por tortillera.

VOZ DEL CHICO.- ¡Cógesela, cógesela!

VOZ MASCULINA 2.- ¡Cuál, cuál?

VOZ DEL CHICO.- Esa, ésa misma.

VOZ MASCULINA 1.- ¡Pero cógela, coño!

VOZ MASCULINA 2.- Trae, dámela, estáte quieta, o te parto la boca, zorra.

VOZ DE LA CHICA.- ¡No, no, NOOOOO, hijo de puta!

VOZ DE LA MUJER.- ¡Déjale en paz! ¡Suéltale! ¡Déjale, déjale! ¡Por favor! Por lo que hemos vivido juntos. Acuérdate.

VOZ DE LA CHICA.- ¿"Juntos"? ¿Qué has vivido tú con este energúmeno?

VOZ DE LA MUJER.- Nada.

VOZ DEL CHICO.- ¡Mucho más que contigo, bollera de mierda! (*Golpe de un cuerpo que cae al suelo*).

VOZ DE LA MUJER.- ¡Qué has hecho!

VOZ DEL CHICO.- ¿No te gustaba esto?

VOZ DE LA MUJER.- Ya sabes que yo sólo lo hacía por darte gusto a ti. Me sacrificaba. Pero, ¿qué vas a hacer, que vas a hacer?

VOZ DEL CHICO.- Eso es. Sujétala bien. Pero sujétala, coño.

VOZ DE LA MUJER.- No, no, por favor.

VOZ MASCULINA 1.- Venga, dale ya de una vez y acabemos.

VOZ MASCULINA 2.- Ya va, ¡coño!, no me pongas nervioso.

VOZ DE LA MUJER.- Por favor. Por tu madre. Déjale en paz, déjale. (*Otro grito desgarrador*). ¡Hacerle encima eso, a la pobre!

VOZ MASCULINA 2.- ¡Ya está, venga, vámonos!

VOZ MASCULINA 1.- ¡Corre, corre, cojones!

VOZ DEL CHICO.- Espera, que me falta firmar.

VOZ MASCULINA 1.- Déjalo, hombre, déjalo.

VOZ MASCULINA 2.- Que no, que tiene razón el tío: así se enteran quiénes hemos sido.

VOZ DE LA MUJER.- ¿Qué vas a hacer, qué vas a hacer?

VOZ DEL CHICO.- ¡Esto!

XI

EL DESPACHO (II)

EL HOMBRE.- (*Hablando por teléfono*) ¡Y yo te digo que lo tenemos ganado! (...) Pero si ese recurso es el más fácil que hay (...) Sí, sí, sí: yo lo he hecho cientos de veces, y todo el mundo lo sabe: sólo sirve para ganar tiempo (...) Sí, hombre: con eso alargas el proceso, aunque después te condenen en costas (...) ¡Claro que lo admiten a trámite! Pero luego nunca lo fallan a favor.

LA CHICA.- (*Vendada, escayolada*) Cuelgue ahora mismo. Escúcheme.

(*Un momento de silencio. Finalmente, el hombre cuelga*).

EL HOMBRE.- Mierda, no le he dicho adiós.

LA CHICA.- Fue Usted. Lo sé.

EL HOMBRE.- ¡Qué dices!

LA CHICA.- No me importa. Tengo un trato que ofrecerle.

EL HOMBRE.- No me interesa nada de ti.

LA CHICA.- Tal vez sí. Un dedo.

EL HOMBRE.- (*Le muestra los suyos*). Tengo cinco en cada mano.

LA CHICA.- Uno de ellos es mío.

(*Un silencio*).

EL HOMBRE.- ¿Cómo lo sabes?

LA CHICA.- Intuición femenina. Aunque sea un camionero. Sólo a Usted podía ocurrírsele cerrar el círculo.

EL HOMBRE.- Si tú supieras ...

LA CHICA.- Yo le ofrezco uno muy especial. Lleva ya dos resurrecciones. En cuestiones de ascesis, no se puede ofrecer más.

EL HOMBRE.- Déjame de misticismos. Dime solamente: ¿es el de ella?

LA CHICA.- Sí.

EL HOMBRE.- ¿Cómo puedo estar seguro?

LA CHICA.- ¿Qué quiere, que le traiga un certificado? Tendrá que crearme.

EL HOMBRE.- ¿Qué pides a cambio?

LA CHICA.- Recuperar lo que es mío.

EL HOMBRE.- Hecho.

LA CHICA.- Pero eso no es todo.

EL HOMBRE.- ¿Cómo que no?

LA CHICA.- ¿Le interesa? ¿Sí o no?

EL HOMBRE.- Sí.

LA CHICA.- Pues entonces yo pongo las condiciones.

EL HOMBRE.- No estoy acostumbrado a que me manden.

LA CHICA.- De acuerdo. Adiós. *(Se levanta, da unos pasos para irse).*

EL HOMBRE.- ¡Bueno!

LA CHICA.- *(Vuelve a sentarse).* Como quiera.

(Suena el teléfono. El hombre toma el auricular, lo levanta apenas, cuelga).

EL HOMBRE.- ¿Qué más, entonces?

LA CHICA.- Trabajo. Dinero. Y un coche.

EL HOMBRE.- Veré lo que puedo hacer.

LA CHICA.- ¡Ahora mismo!

EL HOMBRE.- ¡Anda que no sois impacientes los de vuestra generación! ¿Tú te crees que todo eso me lo saco yo de la manga, o qué?

LA CHICA.- Si quiere, lo hace en un abrir y cerrar de ojos. Si fuera para alguno de su edad.

EL HOMBRE.- ¡Niña, deja de creer en los Reyes Magos, que ya eres mayorcita!

LA CHICA.- No hay Reyes Magos que valgan. Sino favores, que se contabilizan, se deben y se pagan. Dejen más bien Ustedes de predicar para los demás. O nos permiten jugar también, o terminamos por quemarles el chiringuito. ¡Que ya lo han tenido mucho tiempo!

EL HOMBRE.- ¡Qué sabréis vosotros lo que nos ha costado conseguir el "chiringuito", como tú dices! Pero, ¿os creéis que a nosotros nos lo han regalado, o qué? ¿Tú sabes lo que es el trabajo sin descanso, la angustia frente al fracaso, una competencia a muerte, no poder permitirte un solo paso en falso porque todo te lo quitarían?

LA CHICA.- Me encantaría descubrirlo.

EL HOMBRE.- A veces te dan ganas de largarlo todo.

LA CHICA.- Y marcharse a las Batuecas a criar pollos, ¿no?

EL HOMBRE.- Bueno, bueno, no discutamos, que no merece la pena. Te tendré al corriente. Llámame dentro de ...

LA CHICA.- *(Cortándole)* He dicho que lo quiero ahora mismo. Trabajo. Dinero. Y un coche. Nosotros también estamos aprendiendo a hacer negocios.

EL HOMBRE.- ¡Y salud y amor, no te jode!

LA CHICA.- Salud no me hace falta, que yo ya resucité.

EL HOMBRE.- ¡¿Cómo?!

LA CHICA.- Muy fácil: basta con una prenda de amor. Física. En ese momento ella me quiso. Desinteresadamente. Había comprendido. Su muerte definitiva no sería inútil, porque la llama de amor vivo ya había prendido en ella.

(Un silencio muy largo. El hombre parece fascinado. Después, lentamente:)

EL HOMBRE.- ¿Qué se siente?

LA CHICA.- Nada. Como un cosquilleo, y ya está.

EL HOMBRE.- No, me refiero a ... no tener obligaciones. Ni ataduras. No competir. Que te quieran.

LA CHICA.- ¿Usted cómo se lo imagina?

EL HOMBRE.- No sé. Liviano. Como abandonar cargas. La levedad del ser. Sin maletas ni fardos del pasado. Con un futuro abierto que no te importa. Porque no sabes dónde irás. Ni quieres decidirlo.

LA CHICA.- Pura literatura: la generación X la inventaron Ustedes. Sin maletas de Loewe porque llevamos mochilas. Y el futuro tan abierto como túnel en roca viva: kilómetros y kilómetros de negrura.

(Suena el teléfono. El hombre ni lo escucha. No descuelga).

EL HOMBRE.- Creer en algo. No esperar: saber.

LA CHICA.- No creer en nada, sino en la desesperación. Esperar en vano, porque no se sabe.

EL HOMBRE.- *(Arrebatado)* Ligerero. A la merced del viento. Libre. Mariposa de luz profunda. Lirio en los campos. Llama del subido sentir.

LA CHICA.- Baje a tierra, que se escoña.

EL HOMBRE.- *(La contempla largo rato en silencio, estudiándola).*

LA CHICA.- Deje de mirarme así, que me pone nerviosa.

EL HOMBRE.- Dádivas quebrantan peñas. ¿Serías capaz?

LA CHICA.- Lo que yo no haga por un curro ...

EL HOMBRE.- Cambiamos los papeles.

(Ahora es ella quien lo mira largo tiempo, incrédula).

LA CHICA.- ¡Siempre he querido llevar corbata!

XII

EL RELLANO

LA MUJER.- Compruebo si he cogido las llaves, siempre tengo miedo de olvidarlas, dar un portazo y caer en la cuenta, tener que llamar a los bomberos, me horroriza la idea, así que es lo primero que compruebo, las llaves. Me ahueco una última vez el pelo, salgo al descansillo, tres pasos, llamo al ascensor, regreso a la puerta, empujo a las niñas, tiro del picaporte hacia mí, con fuerza, desde que puse la cerradura blindada no se cierra sin violencia, doy dos vueltas a la llave punto fuerte Fichet, compruebo que está bien cerrada, es ridículo, ya sé, si acabo de dar vueltas a la llave dentro de la cerradura es señal de que ha cerrado bien, de acuerdo, pero yo no me quedo tranquila, tengo que comprobarlo, una manía como otra cualquiera, o sea, que después de girar la llave la saco, empujo ligeramente la puerta hacia dentro, tampoco es cuestión de cargármela, me quedo tranquila, guardo las llaves en el bolso, cierro la cremallera, así estoy segura de que no me robarán nada, faltaría más, justo hoy, hoy que tú me estás esperando, no; en tres zancadas me planto frente al ascensor, me arreglo otra vez un poco el pelo, por fin llega, se abren las puertas,

meto a las niñas, miro por última vez la puerta de mi casa, una vez sólo, estoy un poco maniática, se cierran las del ascensor, bajamos, el tiempo justo de darme una ojeada rápida en el espejo, el pelo lo llevo mal, es la primera decepción, "tonta" —me digo— "como que se va a fijar en tu pelo", llegamos abajo, pienso por última vez "¿habré cerrado la puerta de casa?", el portero está en su garita, como siempre, sale: "buenos días", creo que le debo gustar, no entiendo por qué, es decir, es humano, sí, pero debe tener como sesenta años, y además es gallego, de un pueblo, en fin, no tengo nada contra los gallegos, vamos, que me parece bien que sea de un pueblo, o gallego, a mí eso me da igual, que sea de donde quiera, el pobre no tiene la culpa, o sea, no es eso lo que quiero decir, no, no es que sea gallego lo que me extraña, ni que venga de un pueblo, sino que yo le guste, a su edad, sea gallego o no, de pueblo o de capital, sesenta años son sesenta años, en fin, avanzamos hasta la puerta de la calle, el portero nos sigue, quiere abrírnosla, siempre la misma comedia, yo que le digo "¿por qué se molesta, hombre?", y él "es un placer, señora", no se da cuenta que ahora lo que más me molesta es eso, que me llamen "señora", ¿no podía decirme "oiga", como todo el mundo? O "Usted", o qué sé yo, "bonita", o "maja", por ejemplo, pero no "señora", "señora" no lo aguanto, cuánto mejor estaría callado, ojalá fuera mudo, hay que ver, gallego, de pueblo y bocazas, que yo ya no soy "señora", ahora es otra cosa; en fin, salgo a la acera, la piso, estoy en la calle, estoy en camino, voy hacia ti, me calmo.

XIII

EL DESPACHO (III)

LA CHICA.- *(Detrás de la mesa, rodeada de teléfonos. Ya no lleva vendas ni escayolas. Pero una enorme cicatriz le cruza toda la mejilla. Es una letra L).* No me odies.

EL CHICO.- Yo no te odio.

LA CHICA.- ¿Por qué me pegaste?

EL CHICO.- Era un trabajo.

LA CHICA.- O sea: pelas.

EL CHICO.- Como lavar coches, poner copas o vender kleenex.

LA CHICA.- Ya. Eso puedo comprenderlo. Tal y como está el patio, yo también hago cosas por dinero. Es decir, he hecho.

EL CHICO.- ¿Tú le has pegado a alguien?

LA CHICA.- A mi perro. A mi abuela. A una novia que tuve. Pero eso no fue por dinero. Es que me jodió que me dejara.

EL CHICO.- Jode mucho.

LA CHICA.- Sí. ¿Y los insultos?

EL CHICO.- ¿Qué?

LA CHICA.- "Bollera de mierda", y todo lo demás. ¿También te los pagaba?

EL CHICO.- No. Eso era para darle ambiente.

LA CHICA.- Vamos, que si te descuidas nos pones farolillos.

EL CHICO.- Es que cuando trabajo, soy un perfeccionista. Lo del dedo, por ejemplo, fue idea mía. Se me ocurrió allí mismo.

LA CHICA.- ¡¿Qué?!

EL CHICO.- Lo consideré un aumento de productividad. Una manera de engrosar la cuenta de resultados.

LA CHICA.- Iniciativa no te falta. Eso me gusta: que seas emprendedor.

EL CHICO.- Personalmente, no tengo nada contra las lesbianas. Os comprendo perfectamente. A mí también me gustan las tías.

LA CHICA.- No, si al final hasta vamos a ser colegas.

EL CHICO.- ¿Qué quieres? ¿Qué buscas?

LA CHICA.- Un trato.

EL CHICO.- Yo ya no necesito hacerlos.

LA CHICA.- Este es muy bueno.

EL CHICO.- Dime sólo una cosa. ¿Cómo lo has conseguido?

LA CHICA.- Negociando.

EL CHICO.- Debe dársete de maravilla.

LA CHICA.- Es simple: basta con intuir las necesidades del cliente, y proponerle lo que está buscando. El trato que te ofrezco a ti, por ejemplo, te interesa.

EL CHICO.- ¿Por qué?

LA CHICA.- Venganza.

EL CHICO.- Nada personal, ¿no?

LA CHICA.- ¡Qué va! Considéralo un curro, si quieres. Como lo de los kleenex, y todo eso.

EL CHICO.- Mejor pagado, espero.

LA CHICA.- Al menos, no es por horas.

EL CHICO.- ¿Me das de alta en Seguridad Social?

LA CHICA.- No, pero te regalo el IVA.

EL CHICO.- ¿Qué hay que hacer?

LA CHICA.- Enviar una carta.

EL CHICO.- ¿Certificada o por correo ordinario?

(Suena un teléfono. La chica descuelga).

XIV

LA CAMA

(El hombre y la mujer están haciendo el amor. Gemidos, suspiros, "¡ay!", "Así, así", "¡uy!", intercalados entre las frases).

LA MUJER.- Seamos realistas.

EL HOMBRE.- Tú no tienes el SIDA.

LA MUJER.- A ti no te falta un dedo.

EL HOMBRE.- Tú no llevas nada en el vientre.

LA MUJER.- Tú nunca has ordenado ninguna paliza.

EL HOMBRE.- No tenemos dos coches.

LA MUJER.- Sino dos niñas.

EL HOMBRE.- Tampoco chalet en las afueras.

LA MUJER.- Ni casa en la playa.

EL HOMBRE.- No cenamos con banqueros.

LA MUJER.- Tú no juegas al squash con el Director General.

EL HOMBRE.- Tú no compras muebles de diseño.

LA MUJER.- No eres Asesor Jurídico, Consultor en Inversiones, Consejero Delegado y Director de Bufete.

EL HOMBRE.- No vas al Rocío, no haces aerobio con la mujer del Director General, no compras en Armani. ¡OOOH!
(*Llegan al orgasmo. La mujer ulula como una sirena de policía.*)

LA MUJER.- ¡AAHHHHHH! Esto es lo que más me gusta. Siempre supe que eras fantástico.

EL HOMBRE.- Hago lo que puedo.

LA MUJER.- No, si me refiero a lo de iniciar una vida nueva.

EL HOMBRE.- ¡Ah!

LA MUJER.- Volver a la utopía. Empezar desde cero. Recuperar aquellos valores.
(*Se van vistiendo.*)

EL HOMBRE.- No necesitar nada. No poseer nada. "Ligeros de equipaje, como los hijos del mar".

LA MUJER.- (*Canturrea*): "dándonos todas las manos".

EL HOMBRE.- Creer en los ideales, en la gente, en el futuro.

LA MUJER.- Como entonces.

EL HOMBRE.- Eran otros tiempos.

LA MUJER.- Otras dificultades.

EL HOMBRE.- Otra forma de entender la vida.

LA MUJER.- Lo que nos faltaba de libertad lo derrochábamos en ilusiones.

EL HOMBRE.- Peleando, peleando y siempre peleando.

LA MUJER.- No berreábamos. No nos daban nada. Había que ganar a pulso.

EL HOMBRE.- Pulsos, eso sí que echábamos. Y de los buenos.

LA MUJER.- ¿Pulsos, has dicho? ¡Ah, sí! (*Ríe tontamente.*)

EL HOMBRE.- Pulsos, sí. Pulsos, pulsos, ¡PULSOS! (*Ríe a carcajadas.*)

LA MUJER.- (*Muerta de la risa*) Conque echábamos pulsos, ¿eh? ¡Pulsos! Ahora resulta que echábamos ... pulsos.

EL HOMBRE.- Deja ya de reírte, que no puedo más.
(*Contienen la risa. Consiguen ponerse serios. Terminan de vestirse en silencio. Luego, de golpe.*)

LA MUJER.- ¡PULSOS! (*No puede parar de reír.*)

EL HOMBRE.- ¡Bueno, venga, venga, que vamos a llegar tarde!

LA MUJER.- ¿Qué tenemos hoy?

EL HOMBRE.- La cola del paro, y luego la sopa de Cáritas. Después, si quieres, vamos al taller de reciclado.

LA MUJER.- No, prefiero la charla de integración social y nuevas conciencias. Pero entonces me cambio, que no puedo ir así.

EL HOMBRE.- De acuerdo. Cinco minutos, ¿eh?, ni uno más.

LA MUJER.- Lee, mientras tanto. Haz un poco de gimnasia. Piensa. Ahora tienes tiempo para ser tú mismo. Ocupate. (*Comienza a cambiarse.*)

EL HOMBRE.- Lo primero, deshacernos del pasado. (*Toma un montón de cartas.*) Yo no sé por qué siguen mandándome

tanto, si no soy el mismo. Ya no. ¡A la basura! (*Las tira todas.*)

LA MUJER.- ¿No hay ninguna que te interese?

EL HOMBRE.- No.

LA MUJER.- ¿Estás seguro? Mira que si hubiese algo diferente ...

EL HOMBRE.- ¿Como qué?

LA MUJER.- ¡Qué se yo!

EL HOMBRE.- No creo.

LA MUJER.- Tú, por si acaso, mira.

EL HOMBRE.- Si tú lo dices ... (*Recupera las cartas de la papelería. Les echa un vistazo, y las va tirando una por una sin abrirlas.*) Hay una para ti.

LA MUJER.- ¿Para mí?

EL HOMBRE.- Sí.

LA MUJER.- ¿Quién la manda?

EL HOMBRE.- No tiene remitente.

LA MUJER.- (*Cambiándose*) ¡Qué raro! Abrela.

EL HOMBRE.- No, no quiero meterme en ...

LA MUJER.- (*Interrumpiéndole*) ¡Qué dices! Yo no tengo secretos para tí. Abrela, por favor.

EL HOMBRE.- No, mujer.

LA MUJER.- Que sí.

EL HOMBRE.- Que no.

LA MUJER.- ¡Por favor!

EL HOMBRE.- No.

LA MUJER.- ¡Que la abras, hombre, que yo no tengo nada que ocultar!

EL HOMBRE.- No insistas. Es para ti.

LA MUJER.- ¡Claro que insisto! ¿Quieres abrirla de una vez?

EL HOMBRE.- Bueno, no te pongas así.
(*El hombre rasga el sobre, que explota. Era una carta-bomba.*)

LA MUJER.- (*Mirándole a las manos.*) ¡Te has quedado con dos muñones!

EL HOMBRE.- Y ahora, ¿cómo te meto yo mano?

XV

LA HORA DE CENAR

EL CHICO.- (*Sentado a la mesa. La servilleta le cuelga del escote de la camisa*) Lo que me gusta de estar con una lesbiana es saber que nunca va a desear a otro hombre.

LA CHICA.- (*Viene con una sopera humeante y un delantal; le sirve*) Lo que me gusta de estar con un hombre es ... no sé ... Que a mi madre, que en paz descansa, le hubiera gustado, me imagino.